La historia inédita de los años verde olivo

Javier Ortega

LA OFERTA DE CASTRO

Un caluroso día de junio de 1974 aterrizó en La Habana el máximo dirigente del PC chileno en el exilio, Volodia Teitelboim, quien residía en Moscú y lideraba el partido en reemplazo del secretario general, Luis Corvalán, detenido en la isla Dawson.

En el aeropuerto José Martí, Teitelboim fue recibido por los dirigentes chilenos del PC en Cuba, Rodrigo Rojas, Orel Vician y Julieta Campusano, a cargo del flujo de chilenos que llegaban a la isla tras el golpe militar de un año antes.

Mientras el poder de la junta militar se asentaba en Chile, la golpeada izquierda intentaba recomponerse, tanto en el exilio como dentro del país. La represión era durísima, las noticias sobre detenciones, torturas y muertes llegaban día a día. El contacto entre las dirigencias del «exterior» y el «interior» se mantenía al costo de muchas vidas. La principal actividad de Teitelboim fue una cita en el Palacio de la Revolución, donde acudió con Rodrigo Rojas para entrevistarse con Fidel Castro[1].

Castro los recibió en su despacho con su hermano Raúl, segundo hombre del régimen; el jefe de la inteligencia cubana y máximo implicado en exportar de la revolución, Manuel Piñeiro, y el viceprimer ministro Carlos Rafael Rodríguez. Excepto Raúl, todos habían estado en Chile durante la UP. Como siempre, Castro monopolizó la palabra. A sus 48 años, seguía siendo el icono revolucionario latinoamericano. Sus interlocutores chilenos, en cambio, estaban marcados por una derrota que el mundo socialista les enrostraba día a día. No habían sido capaces de resistir el golpe militar, de hacer la revolución chilena. Una «culpa» que era más fuerte en el caso del PC: era el único partido que había jugado a fondo por la fracasada vía legal de la UP, camino que le había provocado fuertes roces con sus actuales anfitriones. «El gran error del gobierno de Allende fue no contar con una fuerza militar que lo defendiera», dijo Castro. «Ahora no veo ninguna posibilidad a la vía armada en Chile, dado

[1] Serie de 12 entrevistas con el ex dirigente comunista de nombre político Ernesto Contreras Santiago, desde septiembre de 2000 hasta enero de 2001.

el profesionalismo y nivel de sus fuerzas armadas. No veo otra salida a la dictadura militar chilena que la formación de un gran frente encabezado por Eduardo Frei Montalva». Acto seguido, frente a sus perplejos interlocutores, lanzó su propuesta para revertir la derrota: iniciar en las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas (FAR) un ambicioso proceso de formación de jóvenes comunistas chilenos, los que serían admitidos en escuelas de elite para graduarse como oficiales de carrera. «Estos muchachos se formarán para que no vuelva a ocurrir la derrota de 1973», argumentó Castro, y aseguró que los nuevos militares serían «para defender al futuro gobierno democrático... no para tomar el poder por asalto». La última salvedad que el comandante puso sobre la mesa fue la siguiente: «Serán militantes suyos, pero yo seré dueño de darles la formación militar que estime conveniente»[2].

Hasta ese momento La Habana había instruido en sus escuelas de guerrilla a centenares de militantes chilenos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), pero por primera vez ofrecía una formación militar completa, cien por cien profesional. Las FAR contaban con cientos de asesores soviéticos, altamente calificados. «Todos nuestros oficiales piensan en ruso», acotó, orgulloso, Raúl Castro[3].

Teitelboim y Rojas aceptaron y agradecieron la inesperada oferta. Concluido el encuentro, Castro se despidió afectuosamente de los chilenos. Antes de abandonar la sala, el comandante señaló:

—Este acuerdo lo voy a guardar yo en mi caja fuerte, porque es el acta de nacimiento de un nuevo ejército democrático para Chile.

---

[2] *Ibid*... Serie de entrevistas con Ernesto Contreras

[3] *Ibid*... Serie de entrevistas con Ernesto Contreras

Itinerario de una investigación

Cristián Bofill

La novela *Nuestros años verde olivo*, de Roberto Ampuero, comprueba una tesis que más de un profesional de la historia o de la prensa suscribiría: en algunos casos los ficcionistas se han encargado mucho mejor de abordar algunos capítulos de la tragedia colectiva chilena de las últimas décadas que los periodistas e historiadores.

La novela —lanzada en 1999 y que revela desde el terreno de la ficción el mundo del exilio chileno en Cuba— fue el punto de partida de esta serie especial de reportajes. Ampuero es un testigo privilegiado de esa época, ya que la vivió en medio de la alta jerarquía castrista, y con su libro dejó al desnudo una de las falencias de quienes se dedican a dar a conocer episodios que ayuden a los chilenos a conocer su historia. Al contrario de otros temas cruciales —como las violaciones a los derechos humanos o los entretelones del golpe contra Allende, sobre los cuales se han publicado valiosísimos libros y reportajes—, el verdadero alcance de la influencia de Fidel Castro en la política chilena se ha quedado estancado en las versiones fragmentadas e ideologizadas, por lado y lado, de los años setenta y ochenta. Si bien el punto de partida de la investigación de La Tercera era el mundo descrito por Ampuero, el tema se fue ampliando en la medida en que se constató que el peso de Cuba en las generaciones que protagonizaron los conflictos chilenos de las últimas décadas era mucho mayor de lo descrito en la novela. ■

LOS HIJOS ADOPTIVOS DE FIDEL

La llegada de los chilenos a la Escuela Militar Camilo Cienfuegos, la más elitista y prestigiosa de Cuba, fue todo un símbolo de la importancia asignada por Fidel Castro a la formación del «ejército democrático chileno».

Hasta esa fecha, 1975, millares de revolucionarios de todo el mundo habían sido instruidos en centros de adiestramiento guerrillero de la isla, como Punto Cero, donde se formaron decenas de militantes del MIR a partir de fines de los sesenta. Sin embargo, al matricular al contingente del PC en la Camilo Cienfuegos, Fidel por primera vez abrió a un grupo extranjero las puertas de una escuela militar para oficiales de carrera. Se trataría ahora de una formación castrense en el sentido clásico, profesional, y no de simples insurgentes.

«Fue un gesto absolutamente inédito: ya no se trataba de especialistas en sabotajes ni atentados, sino de la tentativa más audaz de crear un ejército paralelo en otro país», señala un ex dirigente del PC, actualmente retirado del partido. «Los alemanes orientales, por ejemplo, dieron todo tipo de ayuda a la izquierda chilena, pero jamás permitieron que un chileno vistiera su uniforme militar».

La instrucción en la mejor de las academias militares cubanas fue una prueba difícil para los ex estudiantes de medicina: la mitad de los postulantes reprobaron. «Los chilenos compartían las aulas y los dormitorios con nosotros y estaban distribuidos sobre todo en artillería terrestre y antiaérea», recuerda el ex capitán cubano Lázaro Betancourt, quién ingresó a la Camilo Cienfuegos en 1978 y desertó en 1999, en medio de una gira oficial a República Dominicana, cuando integraba el selecto aparato de seguridad de Fidel Castro[4].

Durante su instrucción, Betancourt no convivió estrechamente con el primer grupo de chilenos enrolados, ya que entró tres años después. Pero se encontró con muchos de ellos a lo largo de su carrera, en diferentes centros de adiestramiento. «Los entrenamientos más intensos a los chilenos ocurrieron entre 1982 y 1986. Estuve con muchos de ellos en el Centro de Entrenamiento número 8, en Pinar del Río, y en Punto Cero, en Guanabo», recuerda el militar. «En 1985 participé de simulaciones de golpes de mano contra cuarteles. Los chilenos tenían que atacarnos por sorpresa. En general, eran buenos militares. Su punto débil era la lucha en la montaña». Además de la Camilo Cienfuegos, varios contingentes de chilenos pasaron por al menos otras cinco escuelas militares profesionales (Antonio Maceo, José Maceo, Instituto Técnico Militar, la Escuela Naval Granma y La Cabaña) y por los tres principales centros de formación de guerrilleros: Punto Cero, Cordillera de los Organos y Pinar del Río.

EL TEST DE LOS COJONES

Al subir a los buses verde olivo que los llevarían a la Escuela Militar Camilo Cienfuegos, en 1975, los estudiantes comunistas chilenos iban cantando a

[4] Entrevista a Lázaro Betancourt, quien se desempeñó durante 20 años en la seguridad de Fidel Castro y en 1999 se asiló en EE.UU. Miami, 9 de febrero de 2001.

coro. En el campus de Girón de la Universidad de La Habana, toda la Facultad de Medicina fue testigo de la escena. La dirigencia cubana así lo había dispuesto. En la simbología castrista, era una señal de que comenzaba el largo camino en que la izquierda chilena expiaría sus culpas. Fue la única excepción al secretismo que, desde entonces, rodearía a todo el proyecto.

Como ministro de Defensa y segundo hombre del régimen, Raúl Castro era el responsable de la formación de los oficiales chilenos, a los cuales se sumaría su yerno, Juan Maco Gutiérrez Fishmann, «El Chele», actualmente prófugo de la justicia chilena por su participación en el secuestro de Cristián Edwards y en el asesinato de Jaime Guzmán. La Escuela Militar Camilo Cienfuegos era y es la más prestigiosa de Cuba. Desde ella egresan los hombres destinados a guiar a los tres ejércitos de la isla: el del Oriente, el del Centro y el de Occidente. Los chilenos entraron a un curso de un año destinado a perfeccionar a oficiales jóvenes para mandos superiores. Una vez graduados, se integraron sin distingos a la oficialidad isleña: vestían de verde olivo, cumplían turnos de guardia y estaban bajo oficiales superiores cubanos.

Casi todos pertenecían al PC. La excepción era un puñado de socialistas, «no más de diez», asegura un protagonista de esos días. Fidel recalcó en el acuerdo de 1974 que solo aceptaría socialistas en sus fuerzas armadas si el partido se lo pedía expresamente. Algo que nunca sucedió: con la pequeña excepción de los diez socialistas que ingresaron por decisión propia a las FAR, todos los combatientes del PS se entrenaron en los centros para formar guerrilleros del Ministerio del Interior cubano (MININT), lugares como Punto Cero y Pinar del Río, donde también se formaba el MIR.

«Para Fidel Castro tener al PC chileno aceptando la vía armada era tremendamente importante, una prueba irrefutable de que sus advertencias sobre el camino equivocado de Allende eran correctas», señala un ex ministro (PS) de Patricio Aylwin que conoció de cerca esa realidad.

El punto anterior es considerado clave por todas las fuentes consultadas por La Tercera al respecto de las motivaciones emocionales del PC para embarcarse en la lucha armada, las cuales jugaron un papel que en buena parte se explica por el clima que encontraron en La Habana los exiliados y la represión que sufrieron en Chile a manos del nuevo régimen. Desde que habían llegado en sucesivas oleadas, los chilenos habían percibido dos facetas de la solidaridad cubana. La primera era una genuina intención por acogerlos. Pese a la mala situación económica del país, los chilenos recibieron departamentos y trabajos, postergando incluso a los cubanos. Por todos los rincones de la isla se comentaba sobre La Moneda incendiada, los cuerpos flotando sobre el Mapocho y los estadios deportivos convertidos en cárceles.

Pero al mismo tiempo también existía —y con el tiempo adquiriría mayor intensidad— una reprimenda a su fracaso, a su derrota. Esto último se traducía en enrostrarle su falta de habilidad y, lo que es peor, de valentía para hacer su revolución. «Les faltó un Fidel y les faltaron cojones», es una frase que muchos chilenos escucharon. En momentos de ira, como relata Roberto

Un testimonio personal

*Roberto Ampuero**

Tuve por primera vez la certeza de que presenciaba momentos históricos el día en que vi desde la distancia el bombardeo aéreo de La Moneda, en cuyo interior resistía Salvador Allende. Tuve una sensación semejante en 1975, en una tarde asfixiante y húmeda de La Habana, cuando dirigentes del Partido Comunista chileno me citaron a una mansión de El Vedado para reclutarme como cadete para las escuelas militares de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. Seríamos, supuestamente, los oficiales del ejército popular de un futuro Chile socialista.

Ese día perdí definitivamente la confianza en la racionalidad de la dirigencia. Los aparatos de seguridad del régimen militar habían desatado una represión criminal y desarticuladora en contra de la izquierda, y en ese momento, dos años después del «golpe», el partido apostaba por la «crítica de las armas», la misma que había desechado sabiamente en el pasado. Ahora se proponía no solo derrotar a las fuerzas armadas chilenas sino también instaurar el socialismo. Cuba era el ejemplo a seguir y la prueba de que aquello era posible.

Guiado por un fogonazo de racionalidad, que se alimentaba de la convicción de que en Chile no bastarían unas columnas de rebeldes barbudos para derrotar al ejército chileno y de que la Cuba de Castro no podía servir de forma alguna como modelo democrático ni económico para Chile, rompí desilusionado con la tienda política. Quizás a eso le deba que aún esté entre los vivos.

Muchos compatriotas jóvenes, militantes de partidos de izquierda, ingresaron entonces voluntariamente a las FAR cubanas, se hicieron oficiales y combatieron en guerras de Centroamérica y Africa. Suponían tal vez que esa experiencia en los trópicos les serviría más tarde para tomar el poder en Chile. Algunos cayeron en tierras lejanas, otros decidieron olvidar para siempre ese pasado y hay quienes realizaron acciones armadas y terroristas en el país. Todos ellos son piezas de un sorprendente y vasto plan, fraguado por políticos, que fracasó, significó frustraciones y también sangre, y del cual la mayoría de los chilenos nada sabe.

Si bien esa tarde habanera intuí que me hacían partícipe de un proyecto delirante —desembarcar en un futuro no lejano un ejército chileno revolucionario en nuestras costas para derrotar a la dictadura de Augusto Pinochet—, no fue sino muchos años más tarde cuando caí en la cuenta de que debía relatar ese episodio o nunca nadie lo conocería. No se trataba de impedir el olvido, porque sólo se puede olvidar aquello que se conoció, sino de algo más básico: relatar lo desconocido. Así nació la novela *Nuestros años verde olivo*. En 1996, mientras residía en Estados Unidos, comencé a escribirla convencido de que era inconcebible que trascurridos veinte años del surgimiento del embrión del ejército del exilio nadie hubiese hablado al respecto. Parecía que la necesidad —muy justa, por cierto— de esclarecer la violación a los derechos humanos durante el régimen militar había eclipsado la memoria de la izquierda. Íbamos conociendo gradualmente la historia de la derecha bajo la dictadura militar, pero un manto de silencio cubría la otra historia, ésa de los errores, los actos heroicos y condenables de la izquierda.

Bajo la dictadura, el relato de la historia había sido abordado como patrimonio privado de un sector de la sociedad. La historia que se enseñaba en los colegios y universidades desvirtuaba gran parte de lo que había ocurrido en los años setenta y ochenta. El régimen y sus ideólogos eran los únicos propietarios de la historia, los encargados de difundir su discurso, de destacar ciertos aspectos y de ocultar otros.

En sectores de la izquierda, especialmente en aquel identificado con la vía armada, se impuso el mismo concepto autoritario de narrar la historia. Y ese concepto exigía mantener en secreto la creación en Cuba del nuevo ejército chileno. Primero, porque la lucha contra la dictadura así lo exigía, después, ya en democracia, porque el relato de esa experiencia, en verdad el silencio, era propiedad exclusiva de esa izquierda. Ella era la única indicada y legitimada para difundirlo, valorarlo u ocultarlo.

Llama la atención que a sus dirigentes no les inquietó la idea de que los países tienen derecho a conocer toda su historia, y que es inadmisible que instituciones relevantes de una sociedad

•••

* Roberto Ampuero militaba en el PC cuando se exilió en Cuba tras el golpe. Se casó con la hija de uno de los hombres de confianza de Fidel, lo que lo vinculó a la clase influyente de La Habana. También vivió en Alemania Oriental. Ya alejado del PC, en 1999 escribió *Nuestros años verde olivo*, donde recrea todos los años que vivió en la isla.

Ampuero, a los chilenos los trataban con uno de los más fuertes epítetos en Cuba: «Comemierda»[5].

Primero en voz baja, luego sin tapujos, las autoridades locales consideraban a la izquierda chilena, y especialmente a los comunistas, responsable de su derrota. No había sabido «defender sus conquistas» era el dictamen. Los chilenos sufrieron el desprecio de una elite gobernante que, para muchos, es sobre todo «machista-leninista» y cuyo mayor orgullo es haber llegado al poder por las armas y ser una espina en la garganta de la mayor potencia militar del mundo.

Fieles a la máxima de Ernest Hemingway —para quien «ser cobarde es la peor desgracia que le puede ocurrir a un ser humano»— los dirigentes de La Habana decían que no podían comprender que el golpe militar encontrara escasa resistencia, ni que los líderes de la UP huyeran sin «disparar un chícharo», como dicen los cubanos.

El propio Fidel Castro había comentado a sus cercanos que la de los chilenos no fue una «derrota productiva», ya que, salvo Allende, ni siquiera dejó mártires, como su fracasado asalto al Cuartel Moncada, en 1953. Por «derrota productiva» entendía al menos un legado de héroes caídos en combate para servir de ejemplos de lucha a los sobrevivientes. Esa visión crítica de la dirigencia de la UP —sobre todo de aquellos que alardearon de que iban a incendiar el país y luego huyeron sin resistir— caló hondo, especialmente en las

[5] Ampuero, Roberto. *Nuestros años verde olivo*. Barcelona, Editorial Planeta, 1999.

Un testimonio personal

Roberto Ampuero

...

se arroguen la potestad de ocultar su historia, aunque constituya parte esencial de la historia nacional. Supongo que el silencio sobre esa etapa de nuestra historia se debe a que algunos intentan esconder su responsabilidad. Constituye, desde luego, la versión izquierdista de la postura derechista de «mejor demos vuelta la hoja y miremos hacia el futuro».

Nuestros años verde olivo pretendía colocar sobre el tapete una etapa trascendental y oculta de nuestra historia, a la que ni los historiadores, ni los políticos ni los periodistas habían dirigido una mirada escrutadora. Supuse que una novela podía dar el primer paso en la indagación de esa historia, y que el siguiente lo intentarían quienes estuviesen convencidos de que allí se encerraba algo valioso para entender nuestro presente y avanzar en la reconciliación nacional.

Cuando este periódico me informó que mi novela le había servido de estímulo e hilo conductor a un grupo de periodistas para iniciar una acuciosa investigación de esa historia, en especial aquélla relacionada con el papel de la revolución cubana en la política chilena, sentí que mi obra comenzaba a dar los frutos esperados: echar a andar la indagación histórica para que el país pudiera extraer conclusiones y lecciones.

No conozco la totalidad de la investigación, solo los capítulos que el lector encuentra en este suplemento, pero tengo la impresión de estar ante una obra investigativa ágil, responsable, fundamentada y profunda, que sitúa al periodismo investigativo chileno en un nuevo nivel. Me enorgullece que *Nuestros años verde olivo* haya desencadenado una investigación de estas proporciones. La historia no es patrimonio de nadie y todos tienen derecho a conocerla. Es obvio que los reportajes generarán controversia, pero el debate sobre los años verde olivo de la izquierda es preferible al manto de silencio que algunos intentan mantener. Es preferible y necesario. ■

nuevas generaciones. Más tarde se traduciría en un desprecio de los comandantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez por muchos jerarcas del PC, los mismos que los habían reclutado aceptando la oferta de Castro.

Lo anterior es uno de los factores que explica la leyenda fabricada por Castro de que Allende había sido acribillado bajando los peldaños de La Moneda, disparando su ametralladora. «Los cubanos tienen un problema terrible con el suicidio, para ellos supone una cobardía, una derrota, pero en Chile tiene otra connotación», recalca el hoy senador socialista Jaime Gazmuri en sus memorias[6].

«La visión de los cubanos del fracaso chileno era terrible y por ello se los humillaba constantemente», dice el ex agente de inteligencia cubano, Jorge Masetti. «El razonamiento en Cuba era que los chilenos eran unos pendejos, lo que en Cuba quiere decir cobardes. Se decía que no habían defendido a Allende, que eso en Cuba no habría pasado. Y también se decía que Allende no había seguido los consejos de Fidel de golpear él primero a los militares»[7].

Incluso, los comentarios llegaban a la gente común. En más de una ocasión, cuando iba un chileno a una casa, no faltaba quien le dijera: «¿Y por qué no te quedaste a pelear?». Contribuyó a exacerbar este clima de recriminaciones el que, en los primeros días, todos los chilenos fueron alojados en los más elegantes hoteles de la isla. En el Hotel Presidente de La Habana, el ambiente inicial era tan depresivo que, durante una reunión del comité de la Unidad Popular realizado en sus salones, y después de haber escuchado largo rato los debates, uno de los chilenos miró el desorden en que estaban las instalaciones y dijo: «¿Y esta huevá querían hacer en Chile?»[8].

La culpa que sentían los chilenos bajo el sol del caribe se repetía también en Moscú y en Berlín Oriental, urbes donde se habían instalado las máximas cúpulas del PC y el PS, respectivamente. En esas naciones, sus anfitriones les recalcarían continuamente que ellos sí habían sabido aplicar la máxima de Lenin: «La revolución no solo hay que conquistarla, sino que hay que saber defenderla». Las cúpulas máximas de la izquierda chilena tomarían nota de esa discusión. Y es imposible entender lo que posteriormente sería el viraje del PC hacia la vía armada sin tener en cuenta esta fuerte presión psicológico-política.

EL CAMINO DE LA OTRA IZQUIERDA

Desde el punto de vista político, Castro había establecido un acuerdo tácito en las relaciones de Cuba con los chilenos. Mientras su hermano Raúl, ministro

---

[6] Gazmuri, Jaime. *El sol y la bruma*. Santiago, Antártica Quebecor S.A, 2000, pág. 85.

[7] Serie de entrevistas a Jorge Masetti, ex agente de inteligencia cubano que formó parte de la elite política de La Habana. Buenos Aires, 4 y 5 de diciembre de 2000. Miami, 27 de noviembre de 2000, 9 y 10 de febrero de 2001.

[8] Entrevista con un actual funcionario de gobierno que vivió en La Habana, donde ocupó un alto cargo en el PS.

de Defensa y segundo hombre de la isla, se hizo cargo de los jóvenes militares comunistas, Piñeiro —el líder del Departamento América, encargado de exportar la revolución— manejaba al MIR desde fines de los sesenta.

El grueso de los socialistas recibió instrucción en tácticas de guerrilla urbana. La enseñanza era preferentemente en las calles habaneras, donde los aspirantes debían cumplir una serie de misiones ficticias, tras lo cual eran evaluados a puertas cerradas por sus instructores. Uno de estos lugares de entrenamiento era una casa en la calle 30 del barrio Miramar. El 27 de enero de 1977, el secretario general del PS, Carlos Altamirano, elevó un informe confidencial al máximo líder de la Alemania Oriental, Erich Honecker, detallándole los avances en tal sentido: «De cincuenta a sesenta compañeros han sido formados militarmente a lo largo de estos años en Cuba y la Unión Soviética. Actualmente, tenemos 30 compañeros siguiendo cursos militares en Cuba»[9].

Los miristas, en cambio, recibieron la mayor parte de su adiestramiento en técnicas de guerrilla rural, muy apreciadas por el castrismo y cuyos cursos se dictaban en bases especiales. La más importante era «Punto Cero»: un valle completamente cerrado, a 30 kilómetros al este de La Habana donde se enseñaban técnicas vietnamitas de combate rural, según relata el escritor cubano Norberto Fuentes[10].

Allí se fraguó la fracasada «Operación Retorno» de 1980, mediante la cual el MIR intentó levantar un foco guerrillero al sur de Chile, siendo desarticulados por comandos del Ejército. También en 1980 llegó a Punto Cero un contingente de comunistas salidos clandestinamente de Chile para entrenarse. Ellos pasarían a ser después los mandos medios del Frente, ya que los comandantes se habían formado en el Ejército.

UNA INVITACIÓN A LA GUERRA

En 1978, tres años después de que en Cuba se iniciara el plan de formación militar para jóvenes exiliados chilenos en las Fuerzas Armadas Revolucionarias, cundía el desánimo entre los uniformados del PC. Pese a la generosa oferta de Fidel Castro de entrenarlos en los institutos militares de la isla para crear «un nuevo ejército democrático para Chile», la desazón de no poder ir a combatir contra Pinochet había hecho mella incluso entre los líderes de estos jóvenes. El propio «Salvador» —Sergio Galvarino Apablaza, futuro jefe máximo del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR)—, barajaba en esa época la posibilidad de abandonar las filas. Otros tantos ya habían expresado sus deseos de cursar su baja, relata un ex comunista formado en Cuba.

Sin embargo, un acontecimiento internacional se convertiría en la «válvula de escape» para las fuerzas chilenas del PC. A fines de 1978, Fidel Castro necesitaba reforzar la ofensiva sandinista contra Somoza con oficiales calificados.

---

[9] «Los documentos secretos de Honecker sobre Chile», Revista *Qué Pasa*,16 de mayo de 1998.

[10] Entrevista a Norberto Fuentes, escritor cubano vinculado a los servicios de seguridad de Fidel Castro hasta su salida de la isla en 1994. Miami, 10 de febrero de 2001.

La Habana había jugado un papel crucial en la insurrección —financió y entrenó a los tres grupos que formaban el Frente Sandinista de Liberación Nacional, creado a sus instancias—, pero no podía enviar un contingente cubano para no provocar una fuerte reacción de Estados Unidos.

Limitado a proporcionar abastecimiento logístico, Castro movilizó a una serie de «voluntarios» latinoamericanos controlados por Cuba. Nicaragua era un trofeo muy preciado por el líder cubano, ya que estaba en vías de convertirse en el único país latinoamericano —después de Cuba— que mostraba la viabilidad de que la izquierda llegara al poder por la vía de las armas.

El primer pensamiento de Castro fue «invitar» al MIR chileno para ir a luchar en tierra nicaragüense. De todos los movimientos procrastristas de América Latina, este grupo siempre había sido considerado el hijo predilecto de La Habana. Nacidos bajo el influjo de la revolución cubana, los miristas cumplían con todos los requisitos pedidos por La Habana a sus seguidores: arrojo, radicalismo y lealtad irrestricta a la senda revolucionaria castrista. El MIR adoptó su bandera rojinegra en homenaje al Movimiento 26 de Julio cubano, y durante la UP había compartido todas las tesis de La Habana respecto a que no existía la senda pacífica hacia el socialismo. Después del 11 de

Los que pidieron reserva

Tanto como los que hablaron con su nombre, en la reconstrucción de esta historia colaboró una veintena de otros entrevistados, todos ellos como testigos directos de los hechos. Ellos entregaron sus testimonios bajo la condición de que sus nombres se mantuvieranen reserva. *La Tercera* solo identificó a algunos con el nombre político que utilizaban en el pasado. La siguiente es una nómina de algunos de los que más material aportaron a esta serie:

«**Ernesto Contreras**»: ex miembro del comité central del PC y uno de los diseñadores de la Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM) que dio nacimiento al FPMR. Estuvo en Cuba en 1974, en la dirección del PC en la isla. Después de residir en Alemania Oriental se trasladó clandestinamente a Santiago y fue pieza clave en la implementación de la PRPM. Se alejó del partido en 1990. Hoy trabaja en una empresa privada. Ex frentista establecido en Europa: formado como oficial en el Ejército Búlgaro, este hombre llegó a La Habana en 1981, donde se integró al dispositivo militar del PC. Luego de tomar parte en las acciones más espectaculares del FPMR, resultó gravemente herido en una acción. Hoy vive en Europa.

«**Carlos**»: ex militante del PC, se formó como paramilitar en la base cubana de Punto Cero. De regreso en Chile, ayudó a la implementación de la vía insurreccional del PC. Cuando se dividió el FPMR, encabezó el grupo que se mantuvo en el partido, en calidad de «comandante» militar. Se fue del PC en 1990. Hoy vive en Santiago.

«**Manuel**»: militante del Mapu OC, se formó en técnicas conspirativas en la base cubana de Punto Cero, en 1974. Volvió a Chile para cumplir misiones clandestinas de alto riesgo. Posteriormente, se estableció en La Habana, donde trabó amistad con varios miembros del FPMR. Actualmente trabaja como médico en un hospital santiaguino.

«**Alberto**»: dirigente de una colectividad de izquierda exiliado en Alemania Oriental. Como otros compatriotas, fue contactado por la Stasi, la policía secreta de la RDA, y se convirtió por un tiempo en colaborador. Desencantado del socialismo, se trasladó a Alemania Federal, donde se vinculó a los servicios de inteligencia germano-occidentales. Hoy vive en Santiago.

«**Víctor**»: ex oficial del FPMR formado como militar de carrera en Europa Oriental. Antes de ingresar clandestinamente a Chile estuvo en Cuba y en Nicaragua, donde luchó contra la guerrilla «contra». Cuando sobrevino la división del FPMR permaneció leal al PC. Hoy vive en Santiago, donde mantiene contactos con otros ex frentistas. ■

septiembre habían optado por una fiera —y suicida— resistencia armada, echando mano a «los fierros», tal como dictaba la manera cubana. Los líderes del movimiento chileno cumplían con el prototipo del revolucionario romántico acuñado por Fidel y el Che Guevara en la Sierra Maestra: brillantes, ilustrados y bien parecidos. En La Habana eran conocidos como la vanguardia «más sexy de América Latina», según recoge el escritor mexicano Jorge Castañeda en su obra[11].

Por ello, cuando el movimiento decretó un «repliegue táctico» tras la muerte de Miguel Enríquez en 1974, la isla recibió con los brazos abiertos a los diezmados cuadros que llegaron desde Chile. Los miristas comenzaron a preparar su vuelta al país en la llamada Operación Retorno en 1980 bajo los atentos ojos cubanos, que pusieron a su disposición los centros de adiestramiento guerrilleros de Punto Cero y en la Cordillera de los Organos, en la zona occidental de la isla, relata el escritor Norberto Fuentes[12].

Fue entonces cuando el propio Fidel le planteó a la cúpula mirista en Cuba que fueran a combatir a Nicaragua. Sin embargo, según relata un ex combatiente chileno, Castro recibió un balde de agua fría en el encuentro. «Nuestros cuadros se están preparando para ir a luchar a Chile y no a Nicaragua», fue la respuesta de sus interlocutores al rechazar la invitación del comandante cubano. La postura del MIR se comentaría profusamente en los círculos de la nomenclatura cubana, siendo considerada una afrenta para Castro.

El episodio marcaría el inicio del declive de la influencia del MIR en Cuba y, por ende, en su lucha contra el régimen militar chileno. «En ese momento se quebró la confianza entre los seguidores de Miguel Enríquez y La Habana», afirma un ex frentista que se enteró de los hechos por boca de los propios cubanos.

DE REVOLUCIONARIOS A MERCENARIOS

Cuando los sandinistas triunfaron en Nicaragua, la Revolución Cubana logró un aliado clave para sus intereses en América Latina. Por sus condiciones geográficas, Nicaragua se convirtió en la cabeza de playa desde la cual Cuba extendió su influencia por el continente en los ochenta.

Como el fin de la guerra civil había dejado en ese país a decenas de revolucionarios sin proyecto político, Fidel Castro reclutó a varios para su causa. Así se inició lo que el ex agente de La Habana Jorge Masetti denomina «el bandidaje revolucionario»: acciones delictivo-revolucionarias que abarcaron desde secuestros y atentados hasta asaltos a bancos[13].

La búsqueda de fondos era el fin último de esta modalidad: Cuba podía seguir financiando la subversión internacional y sus «socios» lograban financiamiento para operaciones propias o, simplemente, para sus bolsillos.

---

[11] Castañeda, Jorge. *La Utopía Desarmada*, Editorial Ariel, S.A. 1995

[12] *Ibid…* Entrevista con Norberto Fuentes

[13] *Ibid…* Serie de entrevistas con Jorge Masetti.

Testimonios y antecedentes hasta ahora inéditos revelan que el centro de estas actividades fue el MIR chileno, que tras el fracaso de su Operación Retorno a Chile (1980) fue desplazado por el FPMR en la lucha contra Pinochet. Como la estructura del MIR en el país quedó diezmada, varios miristas se pusieron a las órdenes del dirigente cubano Manuel Piñeiro, brazo derecho de Fidel y encargado de exportar la revolución a través del Departamento América de Cuba.

«El MIR era la tropa de Piñeiro, quien daba las órdenes para obtener fondos y así autofinanciar otras operaciones por América Latina», sostiene Jorge Masetti, quien salió de Cuba en 1990.

Masetti recuerda que al culminar la guerra civil de Nicaragua se estableció en una residencia de los cubanos en ese país. Se trataba de una casa de seguridad donde llegaban subversivos del MIR, tupamaros uruguayos y guerrilleros salvadoreños, entre otros.

«Los cubanos daban la comida y el dinero para que operáramos. Los sandinistas se limitaban a darnos la luz verde para salir y entrar por sus aeropuertos. Por ejemplo, si se planteaba un secuestro, tenían que irse fulano y zutano. El resto no sabíamos cuál era su destino y objetivo. El único que lo sabía todo era Piñeiro, en Cuba», detalla Masetti.

Los principales teatros de operaciones de estos actos eran América Central, principalmente México, y España. En este último país, el mirista René «Gato» Valenzuela se convirtió en el nexo que Piñeiro necesitaba para reclutar también a los terroristas vascos de ETA. Sin ninguna base ideológica, la alianza tenía como objetivo recaudar dinero.

«El Gato» residía desde 1974 en París, donde controlaba una estructura de 30 miristas, con recursos y armas propias. A cambio de sus contactos con ETA,

Revolución exportada

Varios eran los grupos subversivos latinoamericanos que en la década del 70 recibían apoyo de Cuba. De hecho, prácticamente no hubo grupo revolucionario del continente que no tuviera a efectivos formados en suelo cubano. El MIR chileno, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) argentino, los Tupamaros uruguayos, el M-19 colombiano, los «Macheteros» portorriqueños y el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) salvadoreño, son algunos de los mejores ejemplos.

El propio Fidel Castro lo reconoció así en 1998, durante un seminario económico realizado en La Habana. «En el único lugar donde no intentamos promover la revolución fue en México. En el resto (de los países latinoamericanos), sin excepción, lo intentamos», sostuvo.

A partir de 1979, después del triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, la política cubana de exportar su revolución inició sus años de gloria, principalmente de la mano de Manuel Piñeiro y sus hombres del Departamento América. Según un informe del Departamento de Inteligencia norteamericano fechado en 1987 —desclasificado recientemente— al menos 27 grupos subversivos de América Latina mantenían nexos con la isla hasta esa fecha.

Incluso, el analista de inteligencia cubano-americano Marcelo Fernández Zayas, quien nació en Cuba y conoció a figuras como el Che Guevara, afirma a La Tercera: «Fidel ha intervenido en todos los países de América Latina, incluyendo a México. Este último por orgullo no ha querido admitirlo. He tratado de calcular lo que Cuba ha gastado en estos empeños, pero es imposible. La cifra sobrepasa los mil millones de dólares». ■

Piñeiro le sirvió de intermediario para que vendiera sus servicios a otros grupos subversivos latinoamericanos. Un ejemplo de este trabajo en equipo fue el secuestro en 1984 del banquero panameño de origen judío Sam Kardonski. Según Masetti, en el secuestro participaron colombianos del M-19 y chilenos del MIR, entre ellos «El Gato» Valenzuela. Los fondos para la operación fueron entregados por Cuba a través del funcionario del Departamento América Héctor «Humberto» Sánchez, con la condición de que una parte de la ganancia sería para La Habana.

(…)

ARRIBA LOS FUSILES

Entre julio y septiembre de 1983 ingresaron clandestinamente en el país los primeros cuatro «comandantes» del FPMR formados como oficiales en Cuba, gracias a una operación de traslado orquestada por la inteligencia cubana a través de varios países, como forma de borrar su salida de la isla.

Atrás habían quedado La Habana y la ceremonia en que Fidel Castro los despidió solemnemente. De ahora en adelante, la avanzada del «nuevo ejército para Chile» tendría que poner en práctica toda su formación como soldados profesionales.

Todos los antecedentes indican que los cuatro primeros oficiales del FPMR estuvieron en condiciones de operar en Chile a fines de septiembre de 1983. Su arribo aumentó significativamente el poder de fuego de la incipiente rebelión del PC. De hecho, entre ese mes y octubre del año siguiente se registró la cifra récord de 1.889 acciones desestabilizadoras, algunas de una envergadura técnica muy superior a las que hasta entonces había realizado la militancia comunista: en total, se realizaron 1.138 atentados con explosivo, 229 sabotajes, 163 asaltos a mano armada, 36 atentados selectivos y 47 sabotajes mayores[14].

Guiado por los cuatro «comandantes» entrenados en La Habana y robustecido con las siguientes oleadas de ex oficiales que llegaron más tarde —así como por los «mandos medios» entrenados en la isla entre 1980 y 1982— el FPMR llegaría a contar con casi medio millar de combatientes[15], que en los años siguientes estrenarían prácticas hasta ese entonces desconocidas en Chile. Como el más poderoso grupo subversivo en la historia del país, el FPMR patentó el secuestro selectivo, los rescates armados y las bombas accionadas a distancia. Esto último, a la usanza de los subversivos libaneses, vascos e irlandeses.

---

[14] La Tercera, 18 de noviembre de 1984

[15] Según un ex frentista formado en La Habana, el FPMR en su momento de mayor poder llegó a contar con 400 hombres. Otro cálculo lo entrega un documento desclasificado de los archivos del Partido Socialista Unificado Alemán de la ex RDA, el 24 de enero de 1985: Erich Honecker fue informado que el FPMR «tiene 450 combatientes y 150 colaboradores, organizados en 46 unidades». Una tercera versión proviene de un informe desclasificado del Departamento de Estado norteamericano, fechado en mayo de 1988: «el FPMR tiene entre 1.000 y 1.500 miembros».

PRIMERAS ACCIONES

El 15 de noviembre de 1983, el carabinero José Miguel Jorquera fue asesinado cerca de Cabildo (Quinta Región), cuando un camión del Servicio de Seguro Social fue asaltado. Antes de huir con cuatro millones de pesos, los autores «ejecutaron» al desarmado policía de un balazo en la cabeza.

Aunque el Informe Rettig atribuye el asalto al MIR, la autoría mirista está casi descartada, pues entonces ese grupo preparaba silenciosamente uno de sus mayores golpes: el asesinato 15 días después del intendente de Santiago, Carol Urzúa. Según otras versiones policiales, fue la primera acción del FPMR en Chile, a cargo de Mauricio Hernández Norambuena, el «comandante Ramiro».

Otros cuatro carabineros y un funcionario del Ejército en servicio fueron asesinados entre diciembre de 1983 y mayo de 1984. En octubre, bombazos simultáneos en varias torres de alta tensión dejaron la zona central del país a oscuras por quinta vez en el año. Pocos días después, el 2 de noviembre, un bus policial fue destruido por una bomba accionada a control remoto, matando a cuatro efectivos. Todas estas acciones se atribuyeron al FPMR.

El FPMR llegaría a realizar siete mil atentados en sus primeros cuatro años de vida[16] y sus principales golpes remecerían al país: internación de armas en Carrizal Bajo, atentado a Pinochet, secuestro de Cristián Edwards y asesinato de Jaime Guzmán.

A pesar de esta efectividad, muy pronto se hizo evidente que los «comandantes» liderados por Raúl Pellegrín o «José Miguel» tenían una psicología completamente ajena al partido. Lejos de captar el peligro que esta distancia encerraba, la dirigencia del PC cometió un error que le costaría caro: como no comprendía su pensamiento militar, le entregó al dispositivo una libertad de acción casi completa.

OBJETIVOS SIN COSTOS

Recién a mediados de 1985 el FPMR estuvo en condiciones de funcionar al ciento porciento de su capacidad. Gracias a la llegada de varias oleadas de combatientes formados en el extranjero, a dos años del arribo de los primeros «comandantes» desde Cuba, el aparato militar del PC contaba con una fuerza de medio millar de efectivos, decenas de los cuales habían pasado por cursos en Cuba, Unión Soviética, la RDA y Bulgaria.

Aunque detrás de este retorno estaban los mismos países socialistas que habían impulsado el debate y la culpa entre los chilenos en los albores del exilio —Alemania, URSS y Cuba— también existía el apoyo de Libia y otras naciones árabes, que contribuyeron a la lucha antipinochetista capacitando a varias decenas de subversivos.

Alimentada por las imágenes de las protestas que recogía la prensa internacional, la figura del general Augusto Pinochet era sinónimo de represión y tiranía en amplias latitudes del mundo, por lo que contribuir a la caída de su

[16] Estimación de la revista *Qué Pasa*, 24 de septiembre de 1987.

régimen —aunque fuera recurriendo a las armas— no acarreaba para estas naciones grandes costos políticos.

«Dada la imagen de Pinochet como paria internacional, los soviéticos y los cubanos ven a Chile como un objetivo sin costos. Incluso si son atrapados con vínculos terroristas, probablemente no serán censurados por la comunidad mundial», informa un cable secreto de la Oficina de Inteligencia del Departamento de Estado norteamericano, fechado el 12 de diciembre de 1985[17].

Si hasta antes de 1980 los documentos desclasificados de la Agencia de Inteligencia Norteamericana o CIA, registran muy poco sobre los preparativos del PC chileno hacia la vía armada, a partir de ese año la información desclasificada comienza a crecer sistemáticamente.

Con fecha del 23 de junio de 1981, un cable del Departamento de Estado Norteaméricano informa que «50 exiliados han recibido entrenamiento en Argelia, algunos de los cuales ya han regresado a Chile». El cable explica que ese país árabe tiene «experiencia e infraestructura para entrenar guerrillas en tácticas de guerra urbanas» y que «miembros del Frente que retornaron recientemente desde Argelia causaron el apagón que ocurrió el 21 de junio en Chile»[18].

Gracias a informantes en el seno del PC y a otros medios más sofisticados, no fue difícil que el Departamento de Estado norteamericano captara el importante ingreso de subversivos que se produjo en 1985.

Otro documento confidencial fechado en julio de ese año expone que 128 jóvenes chilenos exiliados que completaron su entrenamiento militar en el extranjero comenzarían a volver clandestinamente a Chile. «Los exiliados volverán en pequeños grupos en un período de varios meses (...) y están integrando las células del FPMR a lo largo de Chile. El PC está analizando la posibilidad de enviar al extranjero a otros miembros del FPMR para que reciban entrenamiento guerrillero»[19].

(…)

LAS RAZONES DEL FRACASO

Carrizal Bajo fue la mayor operación del FPMR desde su génesis hasta 1986. Con decenas de hombres comprometidos, era también su acción más secreta. Pese a ello, increíbles errores hicieron que, pese al éxito de la misión cubana, el 6 de agosto de 1986 todo fuera descubierto por la CNI, que en dos semanas incautó 3.115 fusiles, más de 300 lanzacohetes, unas dos mil granadas de mano, decenas de ametralladoras pesadas y toneladas de explosivos. Tan solo en los primeros cinco días del hallazgo, 21 implicados cayeron detenidos[20].

---

[17] Informe de la Oficina de Inteligencia del Departamento de Estado norteamericano. Washington, 12 de diciembre de 1985.

[18] Informe del Departamento de Estado. Washington, 23 de junio de 1981.

[19] Informe del Departamento de Estado. Washington, junio de 1985.

[20] Cavallo, Ascanio; Salazar, Manuel, y Sepúlveda, Oscar. *La Historia Oculta del Régimen Militar*. Editorial Grijalbo, pág. 434.

Los jóvenes del FPMR eran militares cubanos

(Entrevista a Norberto Fuentes)

Cristián Bofill y Pedro Schwarze

En su pequeño departamento en Coral Gables, el escritor cubano Norberto Fuentes parece añorar sus días de gloria en La Habana, cuando se codeaba con lo más granado de la nomenclatura cubana, como el ministro de Defensa, Raul Castro, el general Arnaldo Ochoa y los hermanos Antonio (Tony) y Patricio de la Guardia. El mismo proceso que llevó al paredón a Ochoa y a Tony, y a Patricio a una condena de 30 años de carcel, en julio de 1989, marcó el fin del reinado de Fuentes como el escritor favorito del regimen cubano. Tuvo mejor suerte que varios de sus compañeros de desgracia. Estuvo sólo algunos días en prisión y, gracias a las presiones de escritores e intelectuales extranjeros, Fidel Castro lo dejó salir del país en 1994. En realidad, Fuentes experimentó un mejor destino que sus amigos porque, en rigor, jamás tuvo importancia política o cargos de altura. Pero, al pertencer a sus círculos en calidad de cronista, coleccionó numerosos secretos a lo largo de décadas de convivencia con Fidel Castro y muchos de sus importantes colaboradores. Uno de sus relatos más detallados de ese período es el libro *Dulces Guerreros Cubanos* (Ed. Seix Barral, 456 páginas, 1999). Tambien es autor de *Hemingway en Cuba*, un elogiado relato de los años pasados por ese escritor en la isla. Fuentes también convivió con varios chilenos, como Max Marambio, ex GAP, oficial de las Fuerzas Armadas cubanas, hombre de confianza de Fidel Castro y que actualmente goza de gran prosperidad empresarial obtenida gracias a sus inmejorables contactos en Cuba. El siguiente es un extracto de varias horas de entrevistas concedidas por Fuentes a La Tercera en Miami.

¿Qué sección del gobierno cubano manejaba la insurrección en América Latina? Fundamentalmente a través de tres departamentos. Uno era la Dirección General de Inteligencia (DGI), que trabajó mucho con los chilenos en los sesenta y setenta. El otro, y más importante, era el Departamento América, dirigído por Manuel «Barbarroja», Piñeiro. Por último, estaba el Grupo de Operaciones Especiales (GOE), que después pasó a ser parte de la Dirección General de Operaciones Especiales (DGOE), que a su vez se dividía en dos: las Tropas Especiales y el Departamento Liberación. Tropas Especiales es lo mejor de lo mejor.

¿Por qué tantos organismos para un solo objetivo? Fidel siempre tiene dos o tres medios para cada cosa. Tiene el Ministerio del Interior (Minint), el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Minfar), el Instituto de Cine, el Instituto de Televisión. Como escritores tenía a García Márquez y me tenía a mí. La idea de todo esto es crear siempre competencia, una cosa muy sabia y muy inteligente de su parte. Fidel nunca se casa con una sola idea ni con un solo grupo. Siempre tiene varias cosas para distribuir y organizar.

¿Cuál de estos departamentos operó en Chile durante la UP? Los primeros cubanos que llegan a Chile eran la gente de las tropas especiales. La DGI y el Departamento América también operaron, con sus propios contactos, pero dominaba Tropas Especiales, esencialmente con la presencia de Patricio y Tony de la Guardia. Inmediatamente después del triunfo de Allende, los chilenos comenzaron a pedir armas y Cuba empezó a enviarlas por las valijas diplomáticas. Recuerdo que eran tres fusiles AK 47 por valija. Iban seis o diez valijas por cada vuelo de Cubana de Aviación, que creo que eran dos veces a la semana. Ahí deben haber metido tres o cuatro mil AK-47, que siempre iban en las valijas. Creo que hubo cargamentos en barcos también. Tony de la Guardia era el cubano encargado de distribuir las armas.

¿Las armas eran principalmente para el MIR? Si, pero creo que se le dio equitativamente a todo el mundo. Pero el MIR no era parte del gobierno y le complicaba las cosas a Allende. Eso era parte de la estrategia. Fidel Castro se quedó deliberadamente tres semanas en Chile (durante su gira oficial, en 1971) para joder a Allende. Él mismo se lo dijo a (general cubano Arnaldo) Ochoa y a «Tony» (de la Guardia). Allende lo invitó por 10 días, pero Fidel estuvo tres semanas. No se movió de Chile hasta convencerse de haber minado a cabalidad y minuciosamente los cimientos del gobierno de la Unidad Popular, un gobierno que no había llegado al poder por la vía de la violencia revolucionaria, situación que a Fidel no le gustaba.

Pero Allende simpatizaba con la Revolución Cubana... Es parte de la personalidad de Fidel la necesidad de ser el único. Desde el principio jugó para destruir a Allende. Incluso penetró con agentes cubanos su entorno político, de seguridad y hasta familiar (como su yerno Luis Fernandez Oña, agente de la DGI que se casó con su hija Beatriz, quien se suicidó en La Habana en 1974). Fue un grave error de Allende dejarse penetrar en esa forma. Así es Fidel: destruyó a Allende y ahora va a hacer lo mismo con Hugo Chávez en Venezuela. ■

La falta de preparación del equipo designado para recibir las armas fue evidente. Muchos tenían una pobre formación política y escasa experiencia en operaciones de esa índole. «Algunos ni siquiera eran comunistas. Incluso varios ni siquiera estaban familiarizados con los medios y los montos de dinero que se les confiaron para que la operación fuera un éxito», comenta un ex oficial frentista hoy radicado en Europa.

Ya en los primeros días de su llegada a Carrizal, la gente de la zona comenzó a recelar de los afuerinos, quienes ostentaban grandes sumas de dinero. «Un miembro del equipo hasta empezó a pololear con una niña de la zona», reconoce otro ex frentista[21].

Cuando ya las armas estuvieron en tierra, las irresponsabilidades se acentuaron. Luego que la operación fue descubierta por la CNI, el jefe del equipo de tierra, Claudio Molina («El Rucio») fue acusado por algunos compañeros de celebrar la llegada de las armas arrendando una avioneta para viajar con un grupo a Caldera. «Allá llegaron con fajos de billetes y se encerraron en un prostíbulo, cantando la Internacional Comunista y despertando las sospechas de todos», narra un ex oficial del FPMR, cuya versión es confirmada por otros tres ex frentistas.

Cuando la CNI dio con la punta del iceberg, menos del 10 por ciento del armamento había sido distribuido. El golpe fue devastador. El FPMR no solo se quedó sin armas para la «Sublevación Nacional»; también la ineficacia demostrada por el equipo de tierra calaría hondo en la cúpula del Frente y entre los cubanos.

Si bien pequeños ingresos posteriores de armamento a través de la frontera con Argentina, a la altura de Bariloche, paliaron en algo el fracaso, el FPMR nunca pudo recuperarse. «Además, las pocas armas salvadas no estaban pensadas para la vida urbana en Chile. Portar un M-16 en la calle era un suicidio. Hubo que cortar algunos en tornerías del partido», cuenta un ex comandante[22].

Una vez que se supo que el arsenal había sido descubierto, los cubanos no ocultaron su indignación por la incompetencia chilena. «Toda la parte cubana de la operación fue un éxito, los que fallaron fueron los chilenos», asegura el escritor cubano Norberto Fuentes[23].

Tal es así que cuando los oficiales cubanos a cargo de la misión volvieron a La Habana después de su exitosa entrega, fueron recibidos con una ceremonia. «En la sede central de Tropas Especiales, hubo una celebración, donde todos los participantes en el desembarco de armas fueron condecorados», relata el ex oficial cubano Lázaro Betancourt[24]. Norberto Fuentes agrega: «Fidel los premió con automóviles y otros regalos».

---

[21] Serie de entrevistas con el ex frentista «Carlos».

[22] *Ibid*... Serie de entrevistas con «Carlos».

[23] *Ibid*... Serie de entrevistas con Norberto Fuentes.

[24] *Ibid*... Serie de entrevistas con Lázaro Betancourt.

«Infiltrar tantas toneladas de armas tres veces en un mismo punto fue demasiado arriesgado. De haber sido menor la cantidad, como para hacer solo dos viajes, no nos hubiesen descubierto», reconoce un ex jefe frentista[25].

En esa línea, al interior del FPMR circuló durante años la versión de que el entonces ministro del Interior cubano, José Abrantes, apostó, de propia iniciativa, por entregar más armas de las que el FPMR era capaz de ocultar. Ello le habría costado una durísima reprimienda de Fidel Castro cuando vino el descalabro.

Esta versión, sin embargo, es desmentida por Norberto Fuentes: «Abrantes sólo cumplió órdenes. Quien decidió la cantidad de armas, quien puso a Ronda a cargo, quien dijo en qué parte se iban a entregar y quien después pidió un completo informe del fracaso se llama Fidel Castro Ruz. Todos los demás cubanos implicados fueron instrumentos.»

EL GENERAL DE «LOS PINCHOS DUROS»

En los más encumbrados círculos de La Habana, los relojes Rolex sumergibles GMT son un privilegio que solo los más recios oficiales de Fidel Castro merecen usar. Cuando el general cubano Alejandro Ronda Marrero inició la internación de toneladas de armas en las costas de Chile, a través de Carrizal Bajo, el 24 de mayo de 1986, llevaba un impecable Rolex cromado en su muñeca.

Testimonios de ex dirigentes del PC, ex frentistas y ex colaboradores de Castro coinciden en que Ronda organizó el desembarco de armas a petición del FPMR, desde que el cargamento fue embarcado en Cuba y pasó por Nicaragua, hasta que se entregó a los frentistas en alta mar, varias millas fuera de las costas de Chile.

Alto, delgado y de tez blanca, Ronda había estado en Chile como miembro de la misión militar cubana durante el gobierno de Salvador Allende junto a «Tony» de la Guardia para preparar la visita de Castro a Chile. Después, conoció a varios chilenos graduados como oficiales cubanos cuando estuvo en Nicaragua a cargo de la misión internacionalista con el grado de coronel[26]. Antes, en Cuba, había entablado amistad con Juan Gutiérrez Fischmann, «El Chele», futuro segundo hombre del FPMR Autónomo y yerno de Raúl Castro[27].

Cuando ascendió a general, en 1982, Ronda reemplazó a Patricio de la Guardia como jefe de Tropas Especiales, la poderosa unidad militar de elite del Ministerio del Interior cubano[28]. Desde ese cargo, y como militar de total confianza de Castro, le «tendió la mano» al FPMR.

Tropas Especiales conformaba el último anillo de seguridad en torno a Fidel Castro, pero era también el brazo operativo del comandante en jefe en apoyo de la subversión latinoamericana[29]. Mientras el Departamento América

---

[25] *Ibid...* Serie de entrevistas con «Carlos».

[26] Entrevista con «Carlos», ex comandante del FPMR formado en Punto Cero.

[27] *Ibid...* Serie de entrevistas con Jorge Masetti.

[28] *Ibid...* Serie de entrevistas con Norberto Fuentes.

[29] Fogel, Jean-Francois, y Rosenthal, Bertrand. *Fin de Siglo en La Habana.* TM Editores, pág. 99.

estaba a cargo de los contactos políticos con estos grupos, Tropas Especiales realizaba las internaciones de armas y otras operaciones en terreno. Tropas, en la práctica, competían ferozmente con el América[30].

Al frente de Tropas, Ronda se hizo cargo de audaces operaciones militares más allá de las fronteras de Cuba, como la entrega de miles de fusiles AK-47, granadas y morteros al general Manuel Noriega en vísperas de la invasión norteamericana a Panamá[31]. Según Jorge Masetti, ex colaborador del Departamento América, a fines de 1988 el subversivo argentino Enrique Gorriarán recibió el apoyo de Ronda para internar armamento por mar en Argentina, partiendo por Angola. Sin embargo, el general Patricio de la Guardia —jefe de la misión del Ministerio del Interior cubano en Angola— se negó. «¡Meter armas en Argentina, en plena democracia! ¡Alejandro está loco!», le comentó De la Guardia a Masetti[32].

Ronda era audaz, un «fierrero». En su departamento en el barrio habanero de Miramar ostentaba una colección de fusiles y pistolas de diversa procedencia. Le gustaban los estéreos y coleccionaba lechuzas. Para esta última afición destinó un dormitorio de su departamento, donde tenía en exposición cientos de lechuzas embalsamadas, de yeso y cerámica. «Era un arribista muy inculto», recuerda el ex comunista Ernesto Contreras[33]. «Tenía una doble moral del carajo», señala Masetti[34].

No obstante, como todos los «pinchos» —mote para designar a los jefes militares en Cuba—, su mayor debilidad eran los relojes Rolex. «El general de los pinchos duros con Rolex», lo apodaban sus camaradas.

EL LARGO ITINERARIO DE CARRIZAL BAJO

En la segunda semana de agosto de 1986, un alto mando frentista charlaba con otros compañeros en uno de los principales refugios del FPMR en Europa Occidental. Sin entrar en detalles, anunció importantes golpes para los meses siguientes. La conversación se interrumpió cuando el televisor de la sala difundió un acontecimiento de Chile.

Consternado, el jefe frentista se echó a llorar. A miles de kilómetros, el régimen de Pinochet informaba al mundo sobre el hallazgo de un gigantesco arsenal de armas en las costas de la Tercera Región, en una perdida caleta llamada Carrizal Bajo. El desconsolado «comandante» era uno de los pocos que conocía íntegramente la magnitud de la desbaratada operación.

En qué momento de fines de 1984 el círculo de hierro del PC decidió dar luz verde a la operación de Carrizal Bajo, aún es uno de sus secretos mejor guardados. Sin embargo, desde aquel día en que Gladys Marín y sus hombres

---

30 *Ibid...* Serie de entrevistas a Jorge Masetti.

31 Oppenheimer, Andrés. *La Hora Final de Castro.* Javier Vergara Editor, págs. 178-179.

32 *Ibid...* Serie de entrevistas a Jorge Masetti.

33 *Ibid...* Serie de entrevistas con Ernesto Contreras.

34 *Ibid...* Serie de entrevistas a Jorge Masetti.

más cercanos dieron su venia para que el FPMR internara 80 toneladas de armamento y explosivos para implementar la «Sublevación Nacional» contra Pinochet, comenzó a tejerse una enorme red de contactos mundiales, que involucraría a todos los actores que desde 1974 contribuyeron a la vía armada de la izquierda chilena: la Unión Soviética, Europa Oriental y Cuba.

El gobierno más involucrado en la operación fue, desde los inicios, el régimen de Castro. Experimentados oficiales cubanos estuvieron a cargo de la

El MIR era el hijo predilecto de Barbarroja

(Entrevista a Jorge Masetti)

Cristián Bofill y Javier Ortega

Dos muertes a tiros han marcado los principales hitos de la vida y las convicciones políticas del argentino Jorge Masetti. La primera ocurrió en 1965, cuando su padre murió mientras intentaba crear el primer foco guerrillero en Argentina. Masetti tenía 10 años de edad y vivía en La Habana cuando Manuel «Barbarroja» Piñeiro, entonces viceprimer ministro del Interior, lo hizo llamar a su despacho. Tras darle la noticia de la muerte, le dijo que se debería sentir orgulloso del destino de su progenitor, el periodista Ricardo Masetti, fundador de la agencia Prensa Latina y amigo del Che Guevara.

Al alcanzar la mayoría de edad, perseguido por la sombra de su padre, Masetti se convertiría en uno de los agentes cubanos que deambularon por América Latina vinculándose a todo tipo de operaciones orquestadas por Piñeiro, como secuestros y asaltos, además de participar en la guerra civil nicaragüense.

La segunda muerte que dio un giro a su vida fue el fusilamiento de su suegro, amigo y jefe, el coronel de Tropas Especiales Tony de la Guardia, ejecutado en 1989, en la mayor purga política realizada por Fidel Castro en sus 42 años en el poder. Oficialmente, De la Guardia —quien estuvo en Chile durante el gobierno de Salvador Allende— fue condenado por actividades de tráfico de drogas a espaldas de Fidel Castro, de la misma forma que su compañero de paredón, el general Arnaldo Ochoa.

La ruptura con el régimen llevó a Masetti y a su esposa Ileana, hija de Tony de la Guardia, a abandonar Cuba en 1990. Tras una autocrítica radical a sus años al servicio de «Barbarroja» Piñeiro, Masetti se decidió a contar los secretos acumulados a lo largo de su carrera. El siguiente texto es un resumen de varios encuentros sostenidos con Masetti en los últimos seis meses, en Miami y Buenos Aires. Otros extractos de sus declaraciones serán usados en los próximos capítulos de la serie.

¿Hasta qué punto los chilenos jugaron un rol importante en lo que usted ha denominado «bandidaje revolucionario»? Esas operaciones fueron dirigidas por el Departamento América, encabezado por Manuel Piñeiro, quién consideraba al MIR chileno su hijo predilecto entre los movimientos manejados por Cuba en América Latina. Además, el MIR estaba sin proyecto, ya que había fracasado su última gran ofensiva en Chile (la Operación Retorno).

¿En qué operaciones de ese tipo participaron los chilenos del MIR? Las operaciones consistían básicamente en secuestros y asaltos a bancos. El Departamento América organizaba las acciones y grupos compuestos por guerrilleros de distintos países las realizaban. Uno de los personajes más importantes de esa estructura de Piñeiro era el chileno René «El Gato» Valenzuela, posteriormente detenido en España por sus vínculos con ETA.

No hay ningún chileno que haya llegado tan alto como Max «Guatón» Marambio. Es un hombre de la total confianza de Castro y su gran fortuna actual se basa en los servicios prestados al régimen cubano en varias áreas.

¿Podría especificar acciones dirigidas y ejecutadas por chilenos del MIR? Hubo varios asaltos a bancos en México. Uno de los secuestros más comentados ocurrió en 1984, cuando miristas chilenos plagiaron al empresario panameño Sam Kardonsky, en Panamá, en 1984. Lo soltaron casi un año después en Ecuador, donde lo habían trasladado en avioneta. El rescate fue de 9 millones US$, que cobraron los chilenos. ■

adquisición y el traslado del armamento en un carguero cubano. El 24 de mayo de 1986, frente a las costas chilenas, los hombres de Tropas Especiales entregaron en alta mar la primera de las tres partidas de armas destinadas al FPMR. En la cubierta del barco, el general cubano Alejandro Ronda supervigiló personalmente la operación.

Si los cubanos aportaron su vasto conocimiento en operaciones encubiertas y la mayor parte del arsenal, la Unión Soviética y otros países socialistas entregaron los fondos e, incluso, parte menor del armamento. Con un coste total estimado en 30 millones US$, la más osada y secreta acción del PC hasta entonces habría obligado a Gladys Marín a viajar reiteradamente a Moscú en busca de recursos acompañada de una delegación de la dirección interna y de altos mandos del FPMR radicados en Europa[35].

Las toneladas de explosivo plástico T-4 —fabricado exclusivamente en Checoslovaquia— y los lanzacohetes RPG-7 rusos encontrados en Carrizal en medio de una gran cantidad de armamento abandonado por los norteamericanos en Vietnam, confirman que detrás de Carrizal Bajo hubo una paciente recolección de armas de distinto origen, que incluyó armamento soviético fabricado entre 1983 y 1984. De toda ella se encargaron los cubanos.

UNA CALUROSA REUNIÓN EN LA HABANA

La historia de cómo se montó la operación se habría iniciado a principios de 1985. Según un ex comandante del FPMR, el apoyo cubano para llevarla a cabo se consiguió en La Habana, durante un encuentro regado con mojitos entre el general Alejandro Ronda —jefe de la División de Tropas Especiales del Ministerio del Interior cubano— y Guillermo Teillier, alias «Sebastián Larraín», jefe de la comisión militar del PC, apodado también «El Príncipe»[36].

El primer eslabón de la cadena lo constituyó el general Patricio de la Guardia, en ese entonces jefe del Estado Mayor del Ministerio del Interior cubano, Minint. «Las gestiones en Vietnam para adquirir las armas de origen norteamericano las hizo De la Guardia», asegura el escritor cubano Norberto Fuentes, quien pertenecio a la nomemclatura de La Habana y fue amigo de De la Guardia antes de asilarse en Estados Unidos[37]. Hermano gemelo de «Tony» —el legendario ranger de Castro—, Patricio se encargó de una transacción que constituiría el grueso del cargamento.

Sin embargo, el general cubano no realizó esas gestiones específicamente para el FPMR chileno. «El se hizo cargo, a mediados de los años setenta, de las negociaciones para que Vietnam le cediera a Fidel Castro gran cantidad de armamento abandonado por los estadounidenses para la guerrilla latinoamericana. De allí provino la mayoría de las armas de Carrizal», relata el ex colaborador del

---

[35] «La Insurrección Abortada», informe especial de revista *Qué Pasa*. 3 de agosto de 1996.

[36] *Ibid*... Serie de entrevistas con «Carlos».

[37] *Ibid*... Serie de entrevistas con Norberto Fuentes.

Departamento América Jorge Masetti[38]. Los documentos desclasificados norteamericanos confirman la tesis de Masetti. En un informe secreto del Departamento de Estado referente a Carrizal Bajo, se consigna: «Hanoi no ha vendido a comerciantes privados las armas norteamericanas capturadas (...) ellas aparecieron en Cuba como abastecimiento regional». El informe de inteligencia incluye un análisis comparado de las similitudes del arsenal descubierto en Chile «con la de los guerrilleros de El Salvador, Guatemala, Honduras, Jamaica y Colombia», países donde Cuba también proveyó de armas a la guerrilla[39].

A mediados de 1985 el FPMR inició la búsqueda de una franja de litoral que reuniera las condiciones para el desembarco, específicamente en las costas de la Tercera Región. Bajo la dirección de «Pedro» —jefe frentista aún no identificado por la justicia y cuya identidad La Tercera mantendrá en reserva— se compraron las goletas Chompalhue y Astrid Sue para transportar las armas desde alta mar y se obtuvieron los permisos para montar en la zona varias empresas de fachada. El costo de esos aspectos operativos y logísticos habría alcanzado los 4 millones US$[40].

Tiempo después, el coronel Roberto Márquez, jefe de la unidad operativa de Tropas Especiales, y otros oficiales del comando de elite dieron inicio a varias maniobras en la costa norte de Cuba. «Los hombres de Ronda esperaron las condiciones más parecidas al mar chileno para entrenarse», relata el escritor Norberto Fuentes[41].

EL AÑO QUE DEBÍA SER DECISIVO

Gracias al constante ingreso de combatientes formados en el extranjero, en noviembre de 1985 el FPMR tuvo plena capacidad operativa. Por entonces, la gran mayoría de los jóvenes comunistas formados como oficiales de academia en La Habana estaban en Chile. Mientras, aquellos que aún combatían en Nicaragua se disponían a viajar al país o a colaborar desde el extranjero.

Paralelamente, nuevas oleadas de combatientes se entrenaban como paramilitares en Cuba por esas fechas. Según el ex oficial de cubano Tropas Especiales Lázaro Betancourt, entre 1982 y 1985 se dio en la isla el período de adiestramiento más intenso a los frentistas, especialmente en el centro de instrucción de Banes, especializado en guerrilla urbana[42].

Sin embargo, el escenario chileno no era el mismo que el de las aguerridas protestas de 1983. A mediados de 1985, la oposición de centro-izquierda estaba ganando el control de las movilizaciones y el PC comenzaba a sentirse arrinconado en sus tesis rupturistas. A juicio de altos dirigentes de la colectividad,

---

[38] *Ibid*... Serie de entrevistas con Jorge Masetti.

[39] Informe desclasificado del Departamento de Estado norteamericano. «Análisis del Descubrimiento de Armas Terroristas en Chile». 4 de septiembre de 1986.

[40] *Ibid*... La Insurrección Abortada.

[41] *Ibid*... Serie de entrevistas con Norberto Fuentes.

[42] *Ibid*... Serie de entrevistas con Lázaro Betancourt.

el panorama se les escapaba de las manos, pese a que contaban con el aparato militar más poderoso en la historia de los partidos políticos chilenos.

Una fuerte señal en tal sentido ocurrió en octubre de 1985, cuando líderes moderados de derecha, centro e izquierda suscribieron el Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia, con el aval de la Iglesia Católica.

Entre otros puntos, el acuerdo planteaba la elección de un nuevo Presidente de la República y de un nuevo Congreso, además de reformas a la constitución pinochetista de 1980[43]. Se trataba de una salida institucional y de consenso al régimen militar, que descartaba de plano cualquier aventura armada.

A pesar de que Pinochet desahució la iniciativa ese mismo año, el Acuerdo Nacional esbozó el derrotero político que culminaría con el plebiscito de 1988. Debido a que varios de sus impulsores lo habían puesto como condición al diálogo, el gran damnificado por la gestación del acuerdo fue el PC. Así lo relata el entonces secretario general comunista, Luis Corvalán, quien plantea en sus memorias que el gran recelo de su partido frente al acuerdo era «su carácter conciliador con la dictadura y su clara decisión de excluir al PC del diálogo»[44].

Ante tal panorama, la conclusión en la cúpula comunista fue que había que reaccionar. Y rápido. Varios meses antes, la dirección del PC había establecido que 1986 debía ser el Año Decisivo para derribar a Pinochet. El propio Corvalán repetía ese eslogan desde fines de 1984, lo que a su juicio implicaba agudizar el enfrentamiento con el régimen hasta lograr su derrumbe[45].

Para los comunistas, la caída de Pinochet debía gatillarse por medio de una gran movilización de masas, no a través de acuerdos políticos. Consecuente con ello, en enero de 1985 su comité central aprobó la tesis de la Sublevación Nacional, vista como un nivel superior de la Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM) que se venía siguiendo desde septiembre de 1980.

«Se trata de llegar a un estado de rebelión generalizado, que lograra la paralización real del país: alzamientos populares en los principales centros urbanos, con participación decidida del proletariado industrial, los estudiantes, las capas medias y el campesinado», planteaba un informe al pleno del comité central de enero de 1985[46].

Las agencias de inteligencia norteamericanas, visualizaron que la «Sublevación Nacional» incluía acciones más radicales del FPMR. «El PC chileno proyectó un cambio desde los pequeños sabotajes para hostigar al gobierno de Pinochet a actividades de mayor envergadura propiamente militares» sostiene un informe de la CIA, recientemente desclasificado[47].

---

[43] Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda. *La Historia Oculta del Régimen Militar*. Editorial Grijalbo, página 398.

[44] Corvalán, Luis. *De lo Vivido y lo Peleado*. página 292.

[45] *Ibid*... Serie de entrevistas con Ernesto Contreras.

[46] Azócar, Oscar. *La Revolución Democrática y la Política de la Rebelión Popular*. Semanario América Libre, enero de 1997.

[47] Informe secreto del Departamento de Estado Norteamericano. «El Apoyo Cubano y Soviético a la Oposición Chilena». octubre de 1987.

«COMANDANTE, FALLÓ LA EMBOSCADA PINOCHET»

El 7 de septiembre de 1986, Fidel Castro finalizó su participación en la XIII Cumbre de Países No Alineados realizada en Harare, Zimbabwe. De regreso a Cuba, hizo una corta escala en Belgrado, Yugoslavia. El escritor cubano Norberto Fuentes, quien viajaba con el comandante en jefe, recuerda que el día 8 la comitiva se hospedaba en una elegante residencia oficial. «Fidel estaba en el segundo piso, conversando con el viceministro Pascual Martínez. Se abrió la puerta y entró el ministro José Abrantes, quien se acercó y le dijo: 'Comandante, falló la emboscada a Pinochet'. Fidel lo escuchó en silencio y rápidamente se levantó, para ir con Abrantes a un despacho vecino»[48].

Por entonces miembro del entorno más cercano de Castro, Norberto Fuentes afirma que en los días previos a esa escena Castro «estaba obsesionado con matar a Pinochet. Lo repetía y repetía sin parar. Era un tema que se conversaba mucho en los círculos de inteligencia cubanos»[49].

Ahora, durante esa estancia en Belgrado, el hombre más poderoso de Cuba acababa de enterarse que el FPMR no había logrado acabar con Pinochet,

---

[48] *Ibid...* Serie de entrevistas con Norberto Fuentes.

[49] *Ibid...* Norberto Fuentes.

Fidel decapitó las chances de la izquierda de América

(Entrevista a Rodríguez Elizondo)

Llegó exiliado a Alemania Oriental en 1974, junto a cientos de izquierdistas que huían de la represión desatada por la Junta Militar en Chile. Gracias a su condición de intelectual, se salvó del proceso de proletarización por el cual cientos de compatriotas trabajaron por años en factorías alemanas. Su destino fue la Universidad Karl Marx de Leipzig. Allí, junto a otros pensadores del PC, buscó infructuosamente aplicar el marxismo-leninismo a la realidad chilena, tanteando respuestas sobre el fracaso de la UP.

Su profundo desencanto con el socialismo y la ultranza teórica en que fue cayendo su partido lo hicieron, dos años después, romper con el PC y salir de Alemania Oriental. Entonces, dio inicio a un proceso de autocrítica que culminó con la publicación del libro «Crisis y Renovación de las Izquierdas en América Latina» (Editorial Andrés Bello, 1995, 410 págs.).

En esta obra, Rodríguez Elizondo plantea el negativo influjo que la revolución cubana ha significado para la izquierda tradicional en el continente. Un fenómeno que para este periodista, escritor y ex diplomático —que confiesa haber llegado hasta los 60—, tiene como uno de sus mejores ejemplos al PC chileno y su declive, después de la fracasada adopción de las tesis militaristas por influencia de Castro. «El del PC es un ejemplo paradigmático, en la medida en que fue el partido comunista más desarrollado del continente y hoy es una fuerza política marginal».

Su libro *Crisis y Renovación de las Izquierdas...* es el primero en lanzar la tesis de que Fidel Castro saboteó a Allende ¿En qué hechos concretos se basó para este juicio? «Sabotear» es verbo suyo. Lo que yo digo es que basta un análisis sencillo de los dichos y hechos de Fidel Castro, para comprender dos cosas: primero, que temía profundamente el éxito de una revolución sin lucha armada como la que quería Allende. Segundo, que, por problemas

...

pese a que La Habana había apoyado el plan con armas y entrenamiento, además de llevar un fino registro de la preparación de la emboscada.

Rápidamente, la indignación cundió en el gobierno de la isla y en sus organismos de seguridad, donde todas las críticas apuntaron a la «incompetencia» con que se hizo la emboscada de aniquilamiento contra «el tirano chileno». Una apreciación que varios frentistas tuvieron que aceptar.

Después de que la cúpula del PC tomara la decisión de atentar contra Pinochet, José Valenzuela Levi quedó a cargo de la operación. Uno de los jefes máximos del FPMR, por su preparación militar, era el hombre indicado. Levi había estudiado marxismo leninismo en la RDA, se había entrenado militarmente en Bulgaria y Cuba, había combatido en Nicaragua e ingresó a Chile en 1984, convirtiéndose en uno de los seis comandantes del Frente.

Informado desde la génesis sobre el proyecto de matar a Pinochet, Fidel Castro le tendería una mano a Levi en la preparación de la emboscada. Dada la envergadura del objetivo, La Habana nuevamente ofreció sus instalaciones de entrenamiento guerrillero para alistar a algunos participantes de la Operación Siglo XX.

Uno de los oficiales cubanos de Tropas Especiales al que le tocó entrenarse con varios frentistas que participaron en la emboscada fue Lázaro Betancourt. Hoy, desde su exilio en Miami, recuerda: «Lo más probable es que los

Fidel decapitó las chances de la izquierda de América
(Entrevista a Rodríguez Elizondo)

...

caracterológicos, Castro nunca ha tolerado un liderazgo de izquierda en América Latina, que pudiera verse como equivalente o alternativo al suyo. Como Castro habla demasiado, en 1984 reconoció a la revista *Newsweek* que toda su estrategia armada y continental fue por autodefensa: había que llenar de focos guerrilleros el continente, para evitar que Estados Unidos se concentrara en Cuba. Más que internacionalismo altruista, fue un viejo truco de la estrategia militar nacional.

¿Derechamente, Castro saboteó a Allende? Para enfrentar esa duda, hay que adentrarse en la mentalidad de Fidel. Con el éxito electoral de Allende, Castro recibió un tremendo desafío. Allende lo invitó una semana a Chile, tendiéndole una mano y sacándolo del aislamiento. En vez de agradecerlo, Castro vino en el fondo a chequear quién de los dos tenía la razón. La duda era si las armas eran la única vía para hacer la revolución en el continente, o si también era posible el camino allendista. Entonces, como ha dicho García Márquez, Fidel Castro es el peor perdedor que existe: no vino a Chile a tenderle la mano a Allende, sino a hacer con él un gallito, en el curso del cual pareció asumir que Allende estaba perdido. En el Estadio Nacional dijo: «Me voy más revolucionario que nunca». Esto terminó por encolerizar contra Allende a la izquierda más radical, y a debilitarlo frente a la oposición de derecha. Castro fue la tenaza izquierda que aprisionó a Allende junto a la tenaza derecha.

¿Qué bien o mal le ha hecho Fidel Castro a la izquierda en América Latina? Para mí Castro ha sido lo peor que pudo pasarle a la izquierda organizada de América Latina, porque esa izquierda se vio desbordada por la izquierda castrista (simbolizada por grupos como el MIR). Entonces, la izquierda tradicional quedó como una cultura decapitada: no pudo desarrollarse porque le surgió una oposición más a la izquierda. Y, al mismo tiempo, esa oposición que surgió más a la izquierda no tenía los medios para imponerse, porque la teoría de los focos guerrilleros de Castro (el foquismo) era una teoría instrumental. Por lo tanto, si uno lo mira con la distancia necesaria y sin pasión, se da cuenta de que Fidel Castro decapitó las posibilidades de la izquierda tradicional para crear focos guerrilleros condenados al fracaso. ■

tenientes coroneles de apellidos Lara y Espinoza estuvieron entre los instructores que entrenaron a los chilenos para el atentado, ya que eran los más capaces en este tipo de operaciones»[50].

«Durante unos ejercicios en la base cubana de Punto Cero en 1985», relata Betancourt, «los cubanos nos ejercitamos con los chilenos en simulaciones de golpes de mano. Ellos tenían que realizar un ataque tipo comando a un cuartel y nosotros teníamos que defenderlo. En general eran buenos soldados».

El fracaso de la operación del Cajón del Maipo, sin embargo, irritaría sobremanera a los cubanos. A juicio de Betancourt, el mejor ejemplo de la molestia por el fracaso del atentado es que, luego de ocurrido, no volvió a ver chilenos en los centros guerrilleros cubanos. «A contar de 1987 desaparecieron», cuenta.

PINOCHET EN LA MIRA

Cuando los dirigentes del PC decidieron que 1986 sería el «año decisivo en la lucha contra la dictadura», solo un puñado de sus más altos líderes participaron —o fueron informados— de la misión que se le encomendó al FPMR como golpe final para lograr la «Sublevación Nacional»: matar a Pinochet.

Según el ex dirigente comunista Ernesto Contreras, la idea de atentar contra el general había rondado a la comisión política del PC ya en 1980, «como una conjetura vaga que nunca fue más que eso»[51].

Un ex oficial frentista avecindado hoy en Europa afirma, en cambio, que la idea surgió a fines de 1984: «Se pensaba que en 1986 el desgaste de Pinochet y el desarrollo del FPMR iban ser tales que estaríamos en condiciones de ajusticiar al tirano». En esto último coincide el libro *Operación Siglo XX*, de Patricia Verdugo y Carmen Hertz, que revela detalles del atentado: «La jefatura máxima del FPMR venía dándole vueltas a la decisión de matar al general Pinochet desde fines de 1984»[52].

Aunque Pinochet estaba lejos de asumir tal «desgaste», en la segunda mitad de 1985 los mismos dirigentes que habían dado luz verde a Carrizal Bajo decidieron jugarse a fondo por eliminar al gobernante, en vista de que la postura de diálogo de la Alianza Democrática —que aglutinaba a la oposición moderada— con el régimen marginaba al PC de todo escenario. Tal núcleo dirigencial del PC lo conformaron Luis Corvalán, Gladys Marín y Guillermo Teillier, jefe de la comisión militar del PC.

«La comisión política no fue informada salvo contados casos. Tampoco lo fue el comité central», afirma un testigo. En cambio, quien sí fue informado y colaboró activamente en los preparativos de la operación fue el gobierno de La Habana

De esta soterrada forma se dio inicio a lo que otro dirigente comunista bautizó con una frase: «Romper el palo mayor del velamen dictatorial».

---

[50] *Ibid*... Serie de entrevistas con Lázaro Betancourt.

[51] *Ibid*... Serie de entrevistas con Ernesto Contreras.

[52] Verdugo, Patricia, y Hertz, Carmen. *Operación Siglo XX*. pág. 17.

El objetivo del atentado era reimpulsar mediante un golpe de mano la movilización, apurar el término del régimen militar y negociar un acuerdo con la DC. «O lo hacemos ahora o esto se escapa por la vía de un plebiscito», planteó uno de los impulsores de la idea.

Para el PC, el control que comenzaba a tener la centroizquierda en las movilizaciones populares era una situación inquietante. A ello se le sumó la unidad de los líderes de la oposición que —algutinados en la Alianza Democrática— se jugaban por una salida institucional al régimen. Excluido expresamente el PC de ese acuerdo, el escenario era demasiado peligroso como para mantener el inmovilismo en el partido.

Así, en mayo de 1986, se optó por la más audaz de las opciones: la acción de un grupo de oficiales formados en Cuba para realizar una emboscada contra la comitiva de Pinochet. Con esa premisa, el oficial frentista José Joaquín Valenzuela Levi, llamado «comandante Ernesto» y líder de los combatientes entrenados en Bulgaria, fue encomendado para diseñar la misión, bautizada como Operación Siglo XX.

Una condición le impuso la colectividad a este veterano de Nicaragua: solo debían tomar parte combatientes experimentados, y en ningún caso militantes del PC cuya participación pudiera exponer al partido.

LA TRAMA DETRÁS DEL QUIEBRE

El descubrimiento de las armas de Carrizal Bajo y el fracaso de la emboscada contra Pinochet significaron descalabros de los que el FPMR no volvería a recuperarse. Entre agosto y septiembre de 1986 algunos de sus mejores combatientes fueron detenidos. A ellos les siguieron decenas de cuadros comunistas, implicados en ambas operaciones. La colectividad llegó a perder un militante cada ocho horas, ya sea porque era arrestado o porque debía salir del país tras ser identificado por los organismos del régimen.

Para la dirigencia comunista, enfrentada a la peor debacle de los últimos diez años, no solo habían quedado al descubierto las febles medidas de seguridad de los frentistas. También se hizo evidente que sus mandos habían empleado a militantes sin experiencia, desoyendo la instrucción del partido de solo recurrir a sus combatientes más fogueados.

De un golpe, la colectividad había perdido la confianza en la cúpula del FPMR. A juicio de líderes como Luis Corvalán y Gladys Marín, era urgente dar un golpe de autoridad que asegurara al partido el control de su aparato armado. La Unión Soviética, según informes de inteligencia norteamericana, presionaba por lo mismo[53].

Hasta junio de 1987, el alto mando del FPMR estaba integrado por seis comandantes: «José Miguel» (Raúl Pellegrín), «Bernardo» (José Valenzuela Levi), «Aurelio» (Roberto Nordenflycht), «Benito» (Ignacio Valenzuela), y otros

[53] Informe desclasificado del Departamento de Estado norteamericano. «El Apoyo Cubano y Soviético a la Oposición Chilena». octubre de 1987.

Habría preferido que los cubanos dejaran más tranquilo a Allende

(Entrevista a Enrique Correa)

Javier Ortega

Ha estado estrechamente ligado a la izquierda chilena en las últimas tres décadas. Bajo el gobierno de Salvador Allende fue testigo de la molestia gubernamental a raíz de la larga visita de Fidel Castro. Luego del golpe, como dirigente del Mapu Obrero y Campesino, entró y salió clandestinamente del país varias veces, recurriendo incluso a la cirugía plástica para no ser reconocido. En varios de sus viajes recaló en Cuba, donde era recibido por altas autoridades de la isla, como Manuel Piñeiro y el propio Fidel Castro.

En 1990 asumió como ministro secretario general de Gobierno de Patricio Aylwin. En esa calidad, fue pieza fundamental en las negociaciones para cortar el apoyo cubano al FPMR, donde también tomaron parte otros dirigentes como Camilo Escalona y José Antonio Viera-Gallo. El asesinato del senador de la UDI Jaime Guzmán, en 1991, remeció las tratativas, pero terminó por convertirse en el certificado de defunción del grupo subversivo. Al respecto, plantea: «No creo que los cubanos hayan estado detrás de ese horrendo hecho».

Antes que todo, pide dejar constancia de lo siguiente: «No son comparables los crímenes de la dictadura de Pinochet con el esfuerzo, a veces fatalmente incorrecto, de quienes incluso expusieron su vida para que esa dictadura terminara». Hecha la aclaración, el ex ministro socialista Enrique Correa se arrellana en su oficina de Providencia —donde se desempeña como consultor internacional— y se prepara a escuchar la primera pregunta.

Fidel y Allende

El ex embajador cubano Fernando Flórez Ibarra asegura que visitó Chile bajo la administración Aylwin y que usted le organizó una cena para pedirle que Cuba ayudara a desarticular al FPMR y al Mapu Lautaro. ¿Es correcta esa versión? Una parte es cierta y otra es discutible. Efectivamente cené con él y le expuse las condiciones que estimábamos indispensables para reanudar relaciones diplomáticas. Pero nunca le dije nada sobre el Mapu Lautaro. A diferencia del FPMR, Cuba nunca tuvo nada con ese grupo.

Entrevistado por este diario, Flórez Ibarra justificó la injerencia cubana en países que rompieron relaciones con la isla. La injerencia cubana en el continente hay que verla dentro del marco de la guerra fría, bajo el cual se justificaron los más terribles crímenes. Bajo el eslogan de la guerra fría, Estados Unidos levantó y apoyó a dictaduras despreciables y desde el bando contrario también se generaron conspiraciones similares. Pero no tengo antecedentes de que el gobierno cubano haya tenido alguna intervención en los asuntos chilenos luego de la llegada de la democracia. Por otra parte, aunque en todo caso mi idea es hablar de procesos políticos, no de personas, hay una frase de Flórez Ibarra que no me gustó: cuando dice que los fusilados en el anterior período de la revolución cubana no le quitan el sueño. Me parece de una crueldad innecesaria, tanto como cuando Pinochet dijo que como había que ahorrar, se podían enterrar en una misma tumba dos cuerpos.

¿Qué tan importante ha sido la influencia de la revolución cubana en la izquierda chilena a partir de Allende? Hubiera preferido que en su momento los cubanos dejaran gobernar más tranquilo al presidente Salvador Allende. Los cubanos intervinieron, según mi opinión, más de la cuenta durante el desarrollo de un gobierno que por sí era complejo. Vistas las cosas ahora, con estos años de distancia, resulta increíble que un Jefe de Estado como Fidel Castro haya estado un mes en Chile. Tengo la impresión de que esa presencia tan prolongada enervó las cosas. No digo que haya sido el factor final, pero enervó ánimos que ya estaban bastante caldeados.

Personas como Jorge Masetti afirman que lo que hizo Castro fue sabotear a Allende. Yo no diría eso. Entiendo el dolor de Jorge Masetti por la muerte terrible e injustificada de su amigo y suegro, el coronel Antonio de la Guardia. Pero Masetti no sabe de política chilena. Lo mejor es que siga hablando de Cuba. En segundo lugar, no creo que ni Fidel Castro ni ningún dirigente cubano hayan querido que Salvador Allende fracasara. Lo que sí es claro es que a Castro

•••

dos identificados solo como «Aureliano» y «Daniel». Cuando en los primeros meses de 1987 el PC informó que tres de los seis mandos serían reemplazados por hombres de la absoluta confianza del partido, se iniciaron los problemas.

El objetivo del PC era acabar con el predominio de Pellegrín, cuyos cercanos copaban el alto mando del aparato. Integrado por los primeros oficiales formados en Cuba —y que luego pelearon contra Somoza en Nicaragua— el núcleo del líder máximo frentista planteaba que la única forma de reponer la movilización de masas era mantener el eje de las acciones armadas. En cambio, el partido y los frentistas menos sometidos al influjo cubano estimaban que lo que había que producir eran «hechos políticos que reactivaran la movilización»[54].

Enterado de que el FPMR iba a ser «intervenido», un indignado Pellegrín dirigió una carta de circulación restringida a la directiva, denunciando que el partido estaba a punto de «hacer abandono» de su política militar. «Existen responsabilidades personales que la historia del movimiento revolucionario en Chile no podrá olvidar (...) Si se ponen jefes militares que la base no respeta, los militantes del Frente no se subordinan a ellos», advertía el líder máximo del FPMR[55].

A cargo de las tensas conversaciones con los rebeldes, la postura del dirigente comunista Jorge Insunza era inflexible: «No hay alternativa. El Año Decisivo falló y el FPMR debe desmontarse»[56]. En uno de los encuentros, Pellegrín lo encañonó con su pistola. Otro jefe frentista desenfundó un revólver en defensa del dirigente comunista. Aunque el tenso momento se diluyó cuando «José Miguel» bajó su arma, era claro que la convivencia estaba definitivamente rota[57].

---

[54] Entrevista a «Víctor», ex frentista formado en Europa Oriental. Santiago, febrero de 2001.

[55] Salazar, Manuel, Guzmán, *Quién, Cómo, Por Qué*, Ediciones Bat, pág. 54.

[56] *Ibid*... Serie de entrevistas con «Carlos».

[57] *Ibid*... Entrevista con «Carlos»...

Habría preferido que los cubanos dejaran más tranquilo a Allende

(Entrevista a Enrique Correa)

Javier Ortega

...

no le gustaba ni creía en el camino allendista. En el fondo del corazón de muchos de los dirigentes cubanos más duros, Allende era un político burgués, de centroizquierda. Nunca, nunca los cubanos creyeron en la vía pacífica socialista. Nunca, nunca los cubanos creyeron que era posible desarrollar transformaciones sociales por una vía que no fuera la de las armas. Pero de ahí a hablar de sabotaje, no me parece correcto.

¿Cómo se reflejó la molestia del gobierno de Allende por la larga gira de Castro? En ese tiempo yo trabajaba como asesor político de la Cancillería, un cargo de confianza del Presidente. Recuerdo que una señal fue que no hubo declaración conjunta al finalizar la gira. La declaración recién se vino a resolver cuando Fidel Castro estaba en Lima, un mes después. Fidel Castro se despidió del Presidente Allende y no había declaración conjunta. Recuerdo que Carlos Altamirano se acercó a la pista del aeropuerto y me dijo: «¿Cómo no van a firmar dos o tres cosas?». Y era porque precisamente había diferencias de fondo. ■

Al respecto, un informe de la CIA sostiene que en julio de 1987 jóvenes de la facción rebelde del FPMR «fueron instruidos por altos oficiales frentistas para ejecutar a un militante del PC cuyo único crimen había sido estar en desacuerdo con la línea militar»[58]. El documento no especifica el nombre de la eventual víctima y cita una fuente al interior del partido, pero su veracidad no pudo ser confirmada por ninguno de los entrevistados para esta serie.

Otras situaciones de tensión se vivieron en Cuba y Nicaragua, donde el FPMR contaba con casas de seguridad y otros medios. En La Habana, los cubanos se vieron obligados a disponer de residencias separadas para cada bando. Un dirigente socialista entonces asentado en la isla recuerda que en el elegante barrio de Miramar frentistas protagonizaron un altercado con armas desenfundadas y una persecución en automóvil. «No hubo heridos porque todos terminaron detenidos por la Seguridad del Estado cubana», afirma este consultado.

A fines de junio de 1987, el quiebre se hizo definitivo. La facción rebelde comenzó a autodenominarse FPMR Autónomo e inició una rápida ofensiva por tomar el control del armamento y la infraestructura en disputa. «Nos decían que ellos eran el pueblo y que los fierros tenían que pertenecer al pueblo», sostiene un ex frentista hoy establecido en Europa y a quien un alto comandante «autónomo» llegó a ponerle un arma en la sien. «O entregais las armas o te mato...», lo amenazó. «El desorden era mayúsculo. Hasta hoy hay barretines perdidos»[59].

«NO VAMOS A DEJARLOS SOLOS»

Cuando en julio de 1987 una misión del PC chileno viajó a Cuba para informar personalmente a Fidel Castro de la división del FPMR, el comandante en jefe cubano estuvo de acuerdo con el empeño de la colectividad por desmovilizar a su aparato armado. Sin embargo, también recalcó que sentía a los frentistas rebeldes como a sus «hijos». En esa línea, afirmó: «No vamos a dejar solos a esos muchachos»[60].

Varios antecedentes apuntan a que el líder cubano ha cumplido con este compromiso, más allá de las peticiones de la justicia chilena. A pesar de que el proyecto político del FPMR Autónomo a ratos pareció marchar a contrapelo de los intereses de Cuba, se trataba de hombres que se graduaron, prestaron servicios y luego combatieron en Nicaragua como oficiales cubanos. Habían sido, en suma, soldados formados por Fidel Castro.

El mismo Castro se encargó de confirmarlo después del crimen del senador de la UDI Jaime Guzmán. A pesar de que ordenó que los frentistas trasladaran su puesto de mando desde la isla a Uruguay —en el marco de sus negociaciones

[58] Informe desclasificado de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) sobre la situación del FPMR entre junio de 1987 y marzo de 1988. Abril de 1988.

[59] Entrevista a ex frentista formado como oficial en el ejército búlgaro y radicado hoy en Europa.

[60] *Ibid...* Serie de entrevistas con «Carlos».

con Chile para desmontar al FPMR—, cuando un emisario del gobierno de Patricio Aylwin solicitó antecedentes sobre los arsenales ocultos en el país, Castro se negó, diciendo que «una cosa era no intervenir y otra la delación».

Hoy, todas las pruebas indican que varios de los frentistas implicados en el asesinato o que formaban parte de su cúpula en esos momentos están o pasaron en algún momento por la isla, cuyo gobierno no ha entregado a la justicia chilena pistas concretas que permitan dar con su paradero. Incluso, un hecho hasta hoy desconocido revela que un diplomático cubano sirvió de nexo entre los frentistas fugados en 1996 y sus familias en Chile.

Por otra parte, el caso de Enrique Villanueva Molina («comandante Eduardo»), también da luz al respecto. Temiendo por su vida, el hombre que ocupaba la cuarta jerarquía en la cúpula frentista al realizarse el atentado contra Guzmán, abandonó Chile en abril de 1997, tras ser sindicado como informante de La Oficina. Según consta en el proceso por el homicidio del senador, Villanueva se trasladó a La Habana, donde trabajó en el Ministerio de Educación.

Sin embargo, razones de lealtad impidieron que Villanueva permaneciera en La Habana. Cuando un «tribunal» del FPMR a cargo de identificar y juzgar a los delatores argumentó en la isla que se le estaba dando protección a un «traidor» que había colaborado con el gobierno chileno en el desmantelamiento del Frente, Cuba le pidió a Villanueva que saliera de la isla[61]. Hoy reside en Venezuela.

Según un ex frentista, otro miembro de la cúpula del FPMR al momento de ejecutarse el crimen de Guzmán vivió también en Cuba hasta 1994. Se trataría de Iván Figueroa, el «comandante Gregorio», por entonces segundo en la línea de mando. Según esta fuente, en 1995 Figueroa habría sido asesinado por otros frentistas, también acusado de ser un traidor.

UN DIPLOMÁTICO Y UNA INTERCEPTACIÓN

En 1997, el hombre del Departamento América en la embajada de Cuba en Santiago era José Luis Ojalvo. Como funcionario del organismo que en los ochenta alimentó la subversión continental, Ojalvo había estado en varios países. Incluso, trabajó con el Che Guevara en 1966, cuando el argentino estuvo en Checoslovaquia preparando su fatal incursión a Bolivia[62]. A pesar de ser uno de los hombres más experimentados del Departamento América, un error grave sepultó su carrera.

A mediados de 1997, la policía de Investigaciones interceptó una veintena de llamadas telefónicas, realizadas desde Cuba, por tres de los cuatro frentistas fugados en diciembre de 1996 desde la Cárcel de Alta Seguridad, por medio de una espectacular operación en helicóptero que contó con la participación de extranjeros.

---

[61] Declaraciones judiciales de Humberto López Candia. Santiago, 27 de agosto de 1999.

[62] Castañeda, Jorge, *La Vida en Rojo, una Biografía del Che Guevara*. Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S.A, 1997, pág. 398.

Por suerte, no ganamos

Jorge Masetti

La larga marcha del castrismo por América Latina ha encarnado para gran parte de la intelectualidad progresista y un sector del ala izquierda de nuestras sociedades una empresa épica y romántica. La lucha de los desposeídos contra los poderosos. Una guerra necesaria.

Miles de jóvenes latinoamericanos recibimos instrucción en unidades militares cubanas para extranjeros; las míticas «Punto Cero» y «Los Petis». Fuimos los seguidores del «Che» y de Fidel Castro. Cuba, con «generosidad revolucionaria», nos ofreció campos de entrenamiento e instructores.

Con empeño aprendimos a fabricar explosivos, también tiro de infantería, defensa y técnicas de atentados. En las calles de La Habana desarrollamos las prácticas operativas de enmascaramiento, chequeo, contrachequeo, carga y descarga de buzones, pases rápidos, comunicaciones. En fin, todas las prácticas necesarias para convertirnos en verdaderos conspiradores, en los futuros comandantes de la revolución latinoamericana. En nombre del «pueblo», y sin pedirle permiso, comenzamos la guerra para su liberación. Mal aderezados con algunas nociones de marxismo leninismo, el «Qué Hacer» de Lenin y «La historia me absolverá» de Fidel Castro bajo el brazo y, por supuesto, con pistola en la sobaquera, comenzamos nuestra guerra.

Los muertos fueron por miles. La reacción del enemigo no se hizo esperar: las dictaduras militares ennegrecieron la geografía de nuestro continente. Con salvajismo imperdonable, en nombre de la Doctrina de Seguridad Nacional, los militares asesinaron, secuestraron, desaparecieron a todo aquello que oliera a izquierda, a militancia popular, a activismo obrero. La represión fue total y destructiva.

También en Cuba, aprendimos a ser firmes y severos; «ante la duda, mátalo» preconizaba el Che. Los compañeros que planteaban dudas eran catalogados de inmediato como pusilánimes pequeños burgueses, objetivamente aliados al enemigo. Los disparos en la nuca, muchas veces, solucionaron de manera tajante las discusiones políticas. El asesinato en 1975 del poeta y revolucionario salvadoreño Roque Dalton, por manos de sus propios camaradas, es ilustrativo y nada excepcional. ¿Acaso no habían actuado del mismo modo nuestros mayores, los cubanos, tanto en la Sierra Maestra durante la lucha contra Batista, como después de la toma del poder en 1959 con los pelotones de fusilamiento? Eutimio Guerra, campesino y posible delator, fue ejecutado por el propio Guevara en las montañas insurrectas cubanas. Después vinieron otros, los que no entendieron que las elecciones, la prensa libre y la democracia eran «patrañas» del enemigo.

Así, fue pasado por las armas en 1961 el comandante rebelde Sori Marín. Así, fueron condenados a veinte y treinta años de cárcel, respectivamente, el comandante guerrillero Huber Matos y Mario Chanes de Armas. Este último fue incluso compañero de Fidel Castro en el ataque al cuartel Moncada, en el posterior presidio y más tarde en el desembarco del Granma. Ambos pagaron hasta el último día de condena. ¿Su delito? Haber renunciado públicamente a la «hermosa tarea» de instaurar la dictadura del proletariado, representada y ejercida por el máximo líder, Fidel Castro.

A pesar de la derrota en nuestros países de origen, algunos quedamos con vida y escapamos al exilio. Mientras tanto, en Cuba nuevos reclutas se entrenaban como combatientes para enfrentar las dictaduras. Incluso algunos, sobre todo chilenos, se graduaban en escuelas como oficiales regulares de las Fuerzas Armadas. A pesar de la derrota, persistimos, ya contábamos con nuestro propio ejército; éramos los muchachos de FIDEL.

En Nicaragua, en 1979, nos pudimos medir con el enemigo. Chilenos, argentinos, salvadoreños, uruguayos, incluso etarras vascos y brigadistas italianos, asistimos a la convocatoria de la revolución de Fidel. Allí estábamos junto a nuestros hermanos sandinistas en los momentos finales de la guerra contra Somoza. Con ellos festejamos el triunfo. Juntos reprimimos y aniquilamos a lo que quedaba de las fuerzas somocistas. En nombre del internacionalismo proletario, algunos nos integramos a los nuevos y revolucionarios órganos de la Seguridad del Estado Sandinista. Y no solo combatimos a la «Contra» de la ex Guardia Nacional, sino también a aquellos burgueses que habían luchado contra Somoza y que después del triunfo —creyéndose el cuento de la democracia— exigían elecciones libres, pretendiendo arrancarles con sufragio lo que los sandinistas, los revolucionarios, habían conquistado a punta de fusil.

En Cuba, los jefazos de Tropas Especiales nos recibían como sus pares. Casas de protocolo o de descanso en la playa estaban a disposición de los cansados guerreros. Durante los años

•••

Se trataba de valiosas pistas sobre el paradero de Mauricio Hernández Norambuena («comandante Ramiro»), Ricardo Palma Salamanca («El Negro») y Pablo Muñoz Hoffman. Los dos primeros habían sido condenados a presidio perpetuo por el homicidio de Guzmán.

A la luz de estos antecedentes, el magistrado que investiga la fuga, Lamberto Cisternas, envió un exhorto a Cuba inquiriendo sobre la presencia de los frentistas y pidiendo su detención si ésta fuera efectiva, así como la identificación de los teléfonos donde se efectuaron las llamadas[63].

Lo que el magistrado se había reservado en esa diligencia es que, al menos en una de las conversaciones interceptadas, Ojalvo fue captado conversando con uno de los frentistas, a quien el diplomático cubano habría hecho llegar un paquete a sus parientes chilenos. Cuando la misión cubana se enteró que esta imprudencia alertó a la policía chilena, Ojalvo fue enviado de regreso a La Habana. Según un socialista chileno con buenos contactos en la isla; tiempo más tarde murió.

En julio de 1998, Cisternas todavía no recibía respuesta al exhorto, pese a que el propio presidente Eduardo Frei le había solicitado personalmente a Castro una respuesta «oportuna y veraz» sobre si los fugados estaban o no en su país, durante un encuentro bilateral en el marco de la Séptima Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado, realizada en noviembre de 1997 en Isla Margarita.

---

[63] Caso Fuga: Juez Pide a Cuba Detener a Frentistas. La Tercera. 8 de octubre de 1997.

Por suerte no ganamos

Jorge Masetti

...

ochenta, las dictaduras del Cono Sur fueron cayendo, pero no como queríamos nosotros ni Fidel, pues los fusiles hacía rato que se habían silenciado. De cualquier modo, se combatía en El Salvador y en Guatemala. Y en Chile, aún estaba Pinochet. Allí sería distinto. El MIR era ya casi inexistente, pero los muchachos del Frente, los jóvenes del PC, ya fogueados en Nicaragua y en tierras africanas, eran verdaderos oficiales cubanos y habían emprendido el camino de la lucha armada en su país. Incluso Fidel los apoyaba.

Hasta el propio general Alejandro Ronda, jefe de las Tropas Especiales cubanas, se había embarcado en una operación para entregarles toneladas de «fierros» en Carrizal Bajo. Con esas armas, a bolina con las componendas burguesas para lograr la democracia sin derramamiento de sangre. Allí tomarían el poder los revolucionarios. Allí sí se haría la revolución como en Cuba y Nicaragua.

Pero no, a Chile también llegó la democracia después de un plebiscito. La dictadura del proletariado debía esperar. De cualquier modo los frentistas más duros, con apoyo cubano y escindidos del PC, seguirían peleando, golpeando a los burgueses. Y ese senador Guzmán, el que se oponía a las relaciones con Cuba, desarmado y sin escolta, fue abatido por el Frente en 1991.

También el FPMR fue derrotado. En El Salvador y Guatemala se negoció la paz. De los muchachos de Fidel, quedamos pocos. Los que no murieron están en presidio, y los sobrevivientes, con sus vidas destrozadas. Otros se ocultan en la isla, pendientes aún de una nueva misión del Comandante. El eterno Comandante, envejecido y balbuciente, con 42 años en el poder, y ni pensar en que se vaya.

Y de verdad lo siento, pero por suerte, no ganamos. ■

Para enojo de Cisternas —y también de Frei— la réplica cubana llegó nueve meses más tarde. En un documento de solo ocho líneas, el fiscal nacional de Cuba, Juan Escalona, aseveró en agosto de 1998 que los números rastreados no figuran a nombre de los fugados. Investigaciones periodísticas posteriores demostraron que los números habían sido cambiados[64].

Tampoco La Habana ha respondido los oficios enviados por la cancillería chilena pidiendo información sobre Juan Gutiérrez Fischmann, «El Chele». Todo indica que este líder frentista, hasta hace poco yerno de Raúl Castro, es el autor intelectual del crimen de Guzmán.

Sobre los prófugos, el fiscal Escalona —uno de los hombres más leales a Fidel Castro— aseveró: «No se encuentran en Cuba»[65]. En adelante, todas las pistas sobre el destino del grupo subversivo más poderoso en la historia de Chile, aquél formado bajo la culpa de una derrota, pero que llegó a tener a soldados probados en combate como nunca los tuvo Pinochet, chocan con esa escueta negativa.

UNA CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA GUERRA FRÍA EN AMÉRICA LATINA

Paul E. Sigmund

La serie de reportajes «La historia inédita de los años verde olivo», es una importante contribución a la historia de la guerra fría en América Latina. Basada en bibliografía de la época, documentos gubernamentales desclasificados y, lo más importante, en entrevistas con muchos de los que estuvieron involucrados directamente, proporciona información e interpretaciones a quienes estén interesados en el período comprendido entre 1960-1990 que vivió América Latina, un tiempo que Jorge Castañeda, aludiendo a su carácter cuasi-religioso, llamó la «Guerra de los 30 años de América Latina».

Para entender ese período resulta fundamental, según lo revela la serie, el papel que desempeñó Cuba en cuanto a apoyo, entrenamiento y dirección de los movimientos revolucionarios en prácticamente todos los países de América Latina. Aunque estos artículos se centran básicamente en Chile, confirman lo que descubrí hace algunos años cuando sostuve entrevistas con 35 ex guerrilleros en nueve países, desde Guatemala hasta Argentina, que dejó al descubierto que casi todos ellos habían recibido entrenamiento en tácticas de guerrilla en Cuba, Alemania del Este y Europa del Este.

La serie modifica o altera en diversas formas nuestra visión de la historia chilena de las últimas tres décadas:

1. Los embarques de armas descubiertos en los «bultos cubanos» en el aeropuerto de Santiago en 1973 solo eran la punta del iceberg de una tranferencia de armas dos veces a la semana de Castro a Allende.

---

[64] Fuga: Policía Detectó Cuatro Números Cubanos. La Tercera. 9 de octubre de 1997.

[65] «Una Respuesta Resistida». Revista *Ercilla.* 24 de agosto de 1998.

2. La insistencia de Castro y de sus apologistas, incluido Gabriel García Márquez, respecto a que Allende murió luchando en La Moneda se explica por la creencia cubana de que el suicidio es un acto de cobardía y que un verdadero revolucionario debe estar dispuesto a morir combatiendo.
3. El surgimiento del Frente Patriótico Manuel Rodríguez en 1983 en Chile se remonta a la decisión tomada por Castro en 1974 de dar entrenamiento militar y paramilitar a los exiliados chilenos. A diferencia de otros revolucionarios que fueron entrenados en Cuba, los chilenos fueron reclutados en academias militares regulares.
4. El apoyo de Cuba a la revolución latinoamericana fue coordinado por Tropas Especiales, que supervisaban el entrenamiento militar, y el Departamento América, dependiente del comité central del Partido Comunista, con Manuel «Barbarroja» Piñeiro a la cabeza. Ambos grupos solían tener conflictos en donde Castro hacía las veces de árbitro.
5. La deserción de los líderes socialistas y la división del Partido Socialista chileno se debió, en parte, al desacuerdo sobre el entrenamiento armado y por el duro trato que recibían los militantes socialistas en Alemania del Este.
6. Chilenos bien entrenados participaron exitosamente en los últimos enfrentamientos de la Revolución Sandinista en Nicaragua, redimiéndose ante los ojos de los cubanos, quienes constantemente criticaban su falta de resistencia (cojones) durante el golpe de 1973.
7. El cambio de política adoptado por el Partido Comunista chileno en 1980 desde «la vía pacífica» a «todas las forma de lucha» fue el resultado de largos debates en Cuba y Alemania del Este, que concluyeron en que, en la eventualidad de una rebelión popular en Chile, sería necesario contar con cuadros con preparación militar. La victoria de los sandinistas en 1979 no fue la causa de ese cambio, solo fue una pieza adicional de evidencia de ese camino.
8. A pesar de los esfuerzos de Castro por coordinar una resistencia chilena unida, siempre hubo tensión entre los jóvenes guerrilleros del Frente y los viejos líderes del Partido Comunista. Por algún tiempo Gladys Marín fue capaz de mantener un movimiento unificado, controlado por el PC, pero después del fracaso del atentado a Pinochet en 1986 se dividieron en dos. Este proceso fue ayudado por el acceso directo de los líderes del Frente a los líderes, recursos, asistencia material y financiera de Cuba.
9. Las armas descubiertas en Carrizal Bajo en agosto de 1986 fueron el resultado de un esfuerzo mayor dirigido y supervisado por Cuba, que incluyó el envío clandestino de 80 toneladas de armamento, las cuales solo fueron descubiertas por la inteligencia chilena a raíz de las indiscreciones de algunos chilenos involucrados. El descubrimiento de estos envíos llevó al fin del diálogo entre los comunistas y los futuros líderes de la Concertación y a la exclusión del PC de un rol significante en la transición.
10. La decisión de enviar armas a Chile y atentar contra Pinochet fueron esfuerzos para tomar la iniciativa en reacción a la formación de la Alianza Democrática, la cual buscaba una solución institucional. El esfuerzo de

matar a Pinochet en el Cajón del Maipo falló porque los asesinos usaron lanzacohetes que no sabían utilizar e iniciaron la operación con armas de bajo calibre que alertaron a la caravana de Pinochet, cuya rápida retirada no estaba prevista por los asesinos.

Aunque esta serie se centra básicamente en Chile, confirma lo que descubrí hace algunos años, cuando sostuve entrevistas con 35 ex guerrilleros en nueve países, desde Guatemala hasta Argentina, que dejó al descubierto que casi todos ellos habían recibido entrenamiento en tácticas de guerrilla en Cuba, Alemania del Este y Europa del Este.

11. El secuestro de Cristián Edwards y el asesinato de Jaime Guzmán en 1991 fueron llevados a cabo por el FPMR sin la participación cubana, ya que la condición que se le impuso para establecer relaciones diplomáticas con Chile fue terminar con su apoyo al FPMR. El gobierno de Aylwin fue capaz de combatir el Frente con más éxito, porque algunos de sus miembros usaron su conocimiento acerca del FPMR, obtenido por haber trabajado con éste en el pasado.

12. Jorge Masetti, uno de los tantos ex colaboradores de Castro, que hoy es un opositor al régimen, argumentó en la serie que el apoyo castrista a los revolucionarios en el continente era una táctica para mejorar su capacidad de negociación frente a Estados Unidos. Sin embargo, es más probable que el masivo y costoso esfuerzo cubano respondiera al mesianismo y determinación de Castro por crear uno, dos o muchos Vietnam en América Latina.

La revolución cubana resultó ser sorprendentemente efectiva para identificar, entrenar y coordinar un movimiento revolucionario a nivel continental. Con la excepción de Sendero Luminoso en Perú, los anticomunistas acérrimos que vieron a Fidel detrás de todo movimiento revolucionario en América Latina resultaron estar en lo correcto.

Específicamente en el caso de Chile, esta serie aporta un complemento valioso a las 26.000 páginas de material desclasificado acerca de las relaciones chileno-estadounidenses. Especialistas, estudiantes y profesores de relaciones internacionales y el público interesado, tanto en Chile como en el extranjero, deberían estar agradecidos por esta esclarecedora e informativa investigación